

SUSCRICION
EN
PROVINCIAS.
UN MES. . . . 40 RS.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 48.

30 por 100 de indemnización en obras,
ó una rebaja de 10 y 15
por 100 en efectivo.

LA SEMANA

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION
EN
MADRID.

UN MES. . . . 8 RS.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. . . 40

30 por 100 de indemnización en obras,
ó una rebaja de 10 y 15
por 100 en efectivo.

SUMARIO.

Historia de la semana.—Revista de teatros.—Revista de Madrid.—La primavera; poesías de don José Selgas y Carrasco.—Tipos y caracteres de Madrid.—La Estrella del Sud, novela original por don Alejandro Magariños de Cervantes (continuación).—Vistas y paisajes extranjeros.—Don José Nicolás de Azara y Perera.—Historia contemporánea.—Apuntes descriptivos e históricos de un viaje de Madrid á la Rioja.—Mosáico: Emérides españolas del siglo XIX.—Solución del logogrifo inserto en el número anterior.
Este número lleva quince grabados.

HISTORIA DE LA SEMANA.

Exterior. Lo que principalmente ha ocupado la atención pública en Francia desde nuestra última revista ha sido la circular de Mr. Barthelemy y las manifestaciones de Mr. Larochejacquin. Cada cual las considera á su manera, si bien todos han estado de acuerdo viendo en ella un nuevo elemento de division que puede perjudicar mucho á las miras del partido legitimista francés, hondamente dividido ya con este motivo.

Con arreglo á la última ley de imprenta han tenido que sujetarse los periódicos á la disposicion de que aparezcan firmados los artículos en que se trate de política, filosofía ó religion. Cada periódico la ha entendido á su manera poniendo unos la firma entera, otros solo las iniciales, y algunos han creído bastante poner al frente los nombres de sus redactores.

La mision que Mr. Persigni haya llevado á Londres ha sido motivo de que corran diferentes versiones, y conjeturas, por lo cual el gobierno francés ha hecho publicar en el periódico oficial una nota diciendo que el objeto de aquel diplomático era solo cuidar de asuntos puramente personales.

La Dieta de Francfort ha adoptado su resolucion con respecto á los asuntos del electorado de Messe Cassel. Usando de su soberanía declara que la negativa de pagar las contribuciones es contraria al pacto federal, y escita al gobierno á que proceda inmediatamente al restablecimiento del orden, reservándose el tomar por su parte las medidas que crea convenientes. Enterado el elector de este acuerdo ha contestado que empleará toda su energia y todos sus recursos para restablecer el orden en sus estados. Pero sin embargo, se espera con ansiedad conocer el partido que tomará la Prusia en vista de la actitud de la Dieta, y ya se aseguraba que pensaba aproximar un cuerpo de ejército á las fronteras del Electorado.

La comision permanente de los estados de Cassel se niega á reconocer á la Dieta de Francfort, atendiendo á que ha sido abolida y ninguna ley la ha restablecido; declarando en su consecuencia que toda interencion de la Dieta en los asuntos interiores del Electorado, será un atentado contra su independencia y seguridad, por cuyo motivo la comision se pone bajo el amparo del derecho de gentes.

El público parece estar dispuesto á secundar á la comision permanente. Como por decreto del elector han quedado privados de sus sueldos todos los funcionarios que no obedezcan estrictamente las órdenes del gobierno, los tenderos de comestibles, propietarios de casas y varias clases de artesanos, han tomado un acuerdo, comprometiéndose á facilitar á los empleados que se encuentren en aquel caso, y mientras duren las circunstancias actuales, lo que necesitan para el sostenimiento diario de sus familias. Si este ofrecimiento es real y efectivo, el gobierno tendrá que acudir á otros medios mas eficaces que los que hasta el día ha empleado para hacerse respetar.

El gran duque de Mecklenburgo Schewerin tambien está en desacuerdo con el poder parlamentario, que ha creído poderse reunir en determinadas épocas sin necesidad de convocatoria real; pero pensando el gobierno de otro modo ha notificado á los representantes la orden de que regresen á sus casas, lo cual han hecho algunos, lanzando otros una protesta que han publicado los periódicos.

Los daneses se aparon el 17 las islas de Frise des-

pues de haber echado de aquellos parages la flotilla de los de Holstein. El vapor Kiel y tres lanchas cañoneras sostuvieron con los buques daneses Flora y Geyser un combate, del que tuvieron que retirarse por último los primeros. El 19 estaban delante de Kiel cuatro buques de guerra rusos y dos fragatas danesas con un vapor.

Habian bloqueado los daneses el rio Eider, habiéndose retirado una porcion de buques pertenientes á diferentes naciones, en virtud de una notificacion pasada á los cónsules y demas agentes comerciales de las potencias extranjeras, declarando prohibida la navegacion de aquel rio.

Continúa en Roma el conde Pinelli, y corrian en Turin noticias bastante favorables acerca del éxito de su mision, asegurándose ademas que el marqués de Azeglio deseaba mucho poner término á las lamentables disensiones que median entre aquel gobierno y la Santa Sede. Consecuencia de esto son sin duda los miramientos que empiezan á tenerse con el arzobispo, segun se infiere de lo que dice *La Armonia*, órgano del clero, anunciando que desde el día 20 de setiembre se permite á monseñor Fransoni recibir los periódicos, al paso que se le trata con mayores miramientos.

En Alemania continúan siempre en el mismo estado las cuestiones pendientes entre el Austria y la Prusia, á pesar de las diferentes veces que se ha anunciado una próxima avenencia; y en las demas naciones sigue reinando completa paz y tranquilidad.

REVISTA DE MADRID.

Con la entrada del mes de octubre, ha comenzado ya esa lucha que constantemente se trava en esta época del año entre el cielo y la tierra, entre la naturaleza y el hombre, y de la cual, por una rara escepcion otorgada á favor de Madrid, sale al cabo vencedor este último.

Los días comienzan á acortar; el cielo se nubla y oscurece; pierde la atmósfera su diáfana transparencia; palidece y se entibian los rayos del sol; despójanse los árboles de su vistoso follaje; acrece el frio, comienzan las lluvias; y con las últimas hojas de la flor del vegetal, despójanse tambien de sus aéreos trages de verano las bellas hijas del Manzanares.

Entretanto en Madrid se abren cinco teatros; se preparan otros tres; se inauguran las sociedades literarias, científicas y dramáticas; comienzan los bailes; se disponen carreras de caballos; prepáranse los lujosos atavíos del invierno; y se aguardan con impaciencia una multitud de novedades, que habrán de dar larga materia de diversion á los ociosos y de conversacion á los críticos y murmuradores.

Tal y tan invertido suele ser á las veces el orden de las cosas que rodean al hombre, cuya existencia gira al rededor de un gran centro de actividad, que lo separa de su centro natural.

En ninguna ocasion, sin embargo, nos han parecido tan marcadas como en esta esas señales de animacion que se dejan entrever para el invierno cuando principia el otoño. Octubre se inaugura en 1850 de una manera grandiosa y solemne; tras él descubre cada habitante de Madrid, cual otro Cristóbal Colon, un nuevo mundo, una série interminable de goces y de placeres.

Séanos permitido, para justificar nuestra asercion, apuntar desaliñadamente los hechos que la comprueban; referir esos sucesos, pasados y futuros, que aunque de todos conocidos, es grato siempre recordar, porque siempre es grato ver risueño y brillante el horizonte de la vida.

No ha mucho tiempo se han inaugurado con los mejores auspicios los cinco teatros que contaba Madrid en la anterior temporada. En todos hay una concurrencia mas ó menos brillante, mas ó menos escogida, segun la predileccion que cada uno merece del público.

Entretanto han continuado funcionando, no sabemos si con gran éxito, pero sí con unas entradas completa-

mente llenas, el circo Ecuestre y el llamado antiguo Gijmnástico.

Las ferias han continuado durante esta temporada concurridas y alegres: y la charanga del café de Amato ha añadido gratis, en la última quincena de setiembre, un espectáculo mas á los innumerables que ya contaba Madrid.

Los salones se han inaugurado brillantemente con un baile del regio alcázar en celebracion de los días de S. M. el rey. Poco antes le habia precedido otro baile en casa de la señora de Stopford.

Fuera de estos goces que ya contamos, prepáranse algunos otros, y espéranse inauguraciones que si no sirven precisamente para el recreo comun, redundan en satisfaccion para todos los amantes de las glorias de su país.

No digamos nada de la apertura del teatro Real, cuyas glorias venideras están cantando á toda hora las cien trompetas de la fama. Pero miremos en derredor suyo y veremos levantarse allí lujosas y elegantes viviendas que pueden dar cómodo albergue á un pueblo entero, y que harán del jardín de Oriente una de las bellas mansiones de la corte de España.

Trasladémosnos á otro punto de la poblacion y veremos tocar á su término un sólido y bien cimentado edificio, que albergará á los representantes del país, y cuya duracion transmitirá por largo tiempo á las generaciones venideras la memoria del año 1850.

Un poco mas allá veremos alzarse la primera estacion del camino de hierro, que muy en breve enlazará á Madrid con el mas lindo de sus sitios reales, y en derredor de la cual ya á ensancharse uno de los paseos mas favorecidos por la aristocracia madrileña.

No nos olvidemos tampoco de la esperada ascension del Eolo que se construye en el convento de Valverde, y tendremos que este sorprendente fenómeno, una vez realizado, completará dignamente el brillante cuadro que nos ofrece en perspectiva el próximo mes de noviembre.

Las ciencias, las letras y las artes no permanecen extrañas á este movimiento general. Con la apertura de los teatros dispónense nuevas producciones dramáticas, entre las cuales las hay muy buenas presentadas y aprobadas en el teatro Español. Dispónense para salir á luz una grande Enciclopedia moderna y una Biblioteca Universal. El número de los periódicos literarios, siempre creciente, llega hoy día á una suma considerable. Los críticos y los escritores de revistas aparecen de nuevo en la arena; entre estos se cuenta un don Crispin, de un diario político, que con sus nuevos partes telegráficos ha reemplazado al antiguo y conocido Page de Escoba. Las academias ya literarias, ya científicas, ya artísticas, ya dramáticas, ofrecen continuas ocasiones de oír, ya bellos discursos, ya entretenas idas discusiones, ya acalorados certámenes, ya intrincadas disertaciones, ya en fin los apasionados acentos de declamacion que han hecho célebre á alguno de nuestros aficionados á la escena.

He aquí en un breve resumen los elementos de animacion con que, á parte de su vida exterior y siempre visible, cuenta ahora la sociedad de Madrid. Este, es verdad, no es otra cosa que el anverso de la medalla; ¿pero qué nos importa su reverso, sea cual fuere, si está en nuestro arbitrio mirarla solo por el lado que mas nos agrada?

Es verdad que ni el teatro Español prospera, ni se presenta mas risueño el porvenir de los escritores dramáticos, ni habremos alimentado mas la aficion á los teatros con ocho coliseos que con cuatro, ni la literatura progresa grandemente en medio de tantas publicaciones; es verdad que el palacio de las Cortes se encargará de perpetuar con su costosa solidez sus enormes defectos, que el teatro Real no vivirá mas que ha vivido para la gloria otro coliseo favorecido antes por el gobierno, y que el ferro-carril proyectado no es sino un trabajo incompleto en cuanto á su utilidad para el bien material del país: es verdad tambien que con tanta suma de goces y de espectáculos no se aumenta la verdadera felicidad en proporcion de los dispendios que ellos causan, y que pasada la primera impresion de novedad, se habrá colocado entre las cosas indiferentes, si no entre las olvidadas por con-

pleto. Pero ya lo hemos dicho mas arriba. La medalla nos ofrece ahora el auverso la cara principal, la mas visible, la mas bella; dejemos para mas adelante el reverso, la cara de segundo orden, la mas fea, la que mas dura, por desgracia nuestra.

Preparémosnos, pues, á gozar con la grata perspectiva que por ahora nos ofrecen octubre, noviembre y diciembre: las ferias, que aun duran, el Prado, el Retiro, los teatros, los circos, los gimnasios, los salones, las intrigas amorosas (y aun las políticas) han de darnos algunos ratos de mucho solaz. Si algo de *todo esto* se marchitare cuando soplen en enero las heladas brisas del Guadarrama, entonces (pero solo entonces) consagremos una lágrima á su recuerdo.

Y pues que se acerca ese período de paz y de ventura general, puesto que todos los dispersos nos hemos ya reunido y nos proponemos gozar juntos de las delicias del invierno, séanos tambien permitido pedir un poco de indulgencia para nuestros hermanos *los pollos*, á quienes los cofrades periodistas están maltratando sin piedad, sin dárles un instante de tregua ni de reposo: los desventurados pollos, á toda hora atacados y perseguidos por la prensa, claman con razon porque se les levante este estado de sitio, que vigila sus pasos, sus acciones y sus intentos; espía sus laques amorosos, y cuenta sus desgraciados percances, y lo que es peor todavía, hace públicas sus calabazas y las aventuras de sus falsos napoleones. Sabemos de buena tinta que si tan tenaz persecucion no cesa por completo, los pollos piensan emigrar al Africa el año próximo cuando se retiren los vencejos; y entonces la despoblacion de Madrid es tan segura como la completa falta de la generacion que va á sucederles. La prensa de 1830 va á echar sobre el reinado de Isabel II un borron igual al que cayó con la expulsion de los judíos en el reinado de la primera Isabel.

Otro ataque se premedita contra el bello sexo, contra el que tambien nos creemos obligados á protestar humildemente: es *question*, en la actualidad,—como dirian nuestros vecinos los franceses,—si *las señoras* han de ocupar ó no un lugar en las tribunas del nuevo palacio del congreso: la notoria estrechez de este costisimo edificio parece ser una de las razones en que se fundan los que están por la negativa. Nosotros creemos que en esta cuestion entrará por mucho la varia y desigual condicion—social y moral—de las personas que componen el bello sexo. De todos modos, medítense con un poco de detenimiento este ataque á la belleza. En España, donde la galantería es la cualidad que raya mas alto en el sexo masculino, será mengua que los representantes del pais vengán á desmentirla de un modo tan solemne; será lástima que no merezcan en este concepto, como deben merecerlo en todo, el grato nombre y la honorífica calificacion de *buenos españoles*.

J. M. ANTEQUERA

REVISTA DE TEATROS.

Muy pocas novedades han ocurrido desde que escribimos nuestra última revista. Los teatros siguen, con preferencia á todas, la conducta *lucrativa* de dormir sobre los laureles ganados en otras temporadas. Sabemos que no faltan autores de mérito que han presentado piezas nuevas; pero eso vale lo que hablar á un sordo, ó quererle hacer comprender á un ciego las bellezas de la pintura.

En el *Español* se han vuelto á poner en escena el drama *Don Francisco de Quevedo*, original del señor don Eulogio Florentino Sanz, y *Las travesuras de Juana*, comedia escrita por los señores Doncel y Valladares. Ambas composiciones están hace tiempo juzgadas por la prensa y por el público: sobre la ejecucion, diremos que el señor Valero nos pareció admirable en todas las situaciones del drama en que el carácter del primero de nuestros escritores satíricos lleva el sello de la época en que figuró: papel bien estudiado y meditado, maneras propias, toques maestros, espresion oportuna, y, lo que es mas difícil, espontánea.

La señora La Madrid (doña Bárbara) y el señor Pizarroso compartieron los aplausos con que acogió el público la ejecucion de este drama.

Las *Travesuras de Juana*, á pesar de su trama inverosímil, no han dejado de entretener á los espectadores. La escena del primer acto, en que Elvira y su amante se despiden, nos recordó instantáneamente la que Shakspeare puso en los labios de Romeo y Julieta, como que parece á veces una traduccion de ella. La señora Noriega desempeñó con soltura su papel, si bien los que han visto á la Perez dicen que le falta mucho á aquella para alcanzar á esta en perfeccion. Notamos en el señor Osorio la misma escasez de sentimiento que en el Nemours de Luis XI. Los señores

Pizarroso y Calvo agradaron, como siempre, aunque el último violentó algun tanto su papel.

La noche del jueves nos proporcionó el teatro Español el placer de oír al profesor de violín señor Bertoloni. Su ejecucion es limpia; su afinacion perfecta; pero hubiéramos querido que cantase mas y con mas brillo. Es verdad que lo extenso del local perjudicó no poco al instrumentista.

Por fin se nos ofrece en el mismo teatro la novedad del drama, original de los señores Gutierrez y Asquerino, titulado *El Tesorero del Rey*. Le deseamos buena suerte, y á su tiempo daremos de él razon á nuestros lectores.

Pasando del *Español* al *Instituto*, dejaremos á un lado, pues no merecen otra cosa, las *Ferías de Madrid*, y hablaremos de la admirable ejecucion del señor Arjona en el *Si de las Niñas*, en esa comedia-modelo, orgullo del teatro español y desesperacion de los escritores dramáticos. No es nuestro intento agraviar á nadie; pero, en nuestro juicio, no es posible que haya entre todos nuestros actores uno solo capaz de aventajar en perfeccion al señor Arjona en el papel del don Diego de la inimitable comedia de Moratin. Ni una sola vez le vimos abandonar el carácter conveniente á la edad del personaje que representaba; y hubo en el movimiento que por sí solos y sin necesidad de la palabra, arrancaron mas de una vez espontáneos aplausos.

Después del señor Arjona debemos hacer mención de la señorita Samaniego, cuyos finos y delicados modales son tan apreciados del público. Los demas actores pusieron de su parte cuanto les fué dable para que el cuadro estuviese completo.

Observaremos de paso que el *Instituto* ó sea teatro de la Comedia, merece una reparacion: los asientos están tan *desvencijados* como las sillas del meson de Guadalajara que nos describe Moratin. Es lástima que sus dotes exteriores no correspondan á la compañía que posee, y de la que forman parte actores como la señorita Samaniego, y los señores Arjona y Dardalla.

Felizmente sabemos que este, después de haber dado pasos—ineficaces por cierto,—para que el dueño del local le ayudase en la reparacion del coliseo, conociendo la imperiosa necesidad de una reforma, ha emprendido la obra por su cuenta y ha hecho desembolsos de importancia en beneficio de un público que con tanta constancia le favorece. El teatro adquiere ochenta localidades mas, sin alteracion de las que existen actualmente; los palcos se están retocando de blanco y dorado; las butacas y las lunetas se forrarán de nuevo; y así el coliseo de la calle de las Urosas quedará digno de los espectadores que le honran con su asistencia.

El teatro de *Varietades* continúa atrayendo un público numeroso. El *Memorialista* y la zarzuela *Tramoya* son siempre favorecidos, sin duda á causa de la hilaridad que excita aquel y de la buena ejecucion en esta del señor Salas. Después ha vuelto á poner en escena el *Duende*; y prepara la segunda parte del *Duende*. Nosotros desearíamos que ese lindo teatro no se sacrificase tanto á las zarzuelas; comedias, buenas comedias, esto quisieramos ver representar en él; y mas cuando los señores Catalina, la señorita Rizo y el señor Aznar, forman un cuadro cómico de tan aventajadas proporciones.

El teatro del *Drama*, después de su mal estreno con la *Guerra de las mugeres*, nos dió *Fortuna contra fortuna*, original del señor Rubí. Esto ya es diferente. ¿Pero por qué no pone en escena el señor Lombía alguna de esas piezas en que tan buen actor sabe mostrarse? ¿Por qué el público que concurre al coliseo de la calle de Valverde no ha logrado ver aun en las tablas al señor Lombía? Creemos que eso sería muy conveniente y lucrativo para la empresa de los Basillos; mas, mucho mas que dramas en diez cuadros, costosos de suyo y que fatigan en vez de deleitar. Si por acaso es el mal estado de salud del señor Lombía,—como nos han asegurado recientemente—lo que impide que se ponga en escena al frente de su compañía dramática, sinceramente deploramos la causa que nos priva del placer de escucharlo.

El teatro de la Opera no ha ofrecido novedad alguna desde nuestro último artículo. Ronconi ha seguido arrancando aplausos en *Maria Rohan*. Se ha ajustado de bajo al señor Miralls; y se ha hablado mucho de la contrata de la célebre Alboni. Los periódicos han continuado murmurando contra los asientos, decoraciones, que han dado en llamar *antidiluvianas*, coros y orquesta del Circo. Sin embargo, los espectadores acuden siempre en gran número, mal que les pese á los periodistas. ¿Por quién quedará al cabo la victoria?

J. P. S.

LA PRIMAVERA.

POESÍAS DE DON JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

Muchos de mis amados lectores presumirán al ver el epígrafe de este artículo que se trata de una crítica literaria. Algunos demasiado impacientes ó curiosos querrán saber con anticipacion el nombre del que lo suscribe, y estos acostumbrados á ver al crítico en perpétuo consorcio con la señora Némesis, empezarán á creer que lo que juzgaban crítica se presenta con graves síntomas de sátira. Pero yo, á fuer de hombre sencillo, como que todavía no he sabido desechar ciertos hábitos de cuando fui *paleto*, y no queriendo dar á estas líneas el aliciente del interés dramático voy desde luego á desvanecer todas las dudas anunciando el objeto, resúmen ó sintesis de este artículo, que se reduce á tributar un justo elogio á las poesías debidas al talento de don José Selgas y Carrasco, ó lo que es igual, al talento de don José Selgas y Carrasco que ha producido tan bellas poesías.

Solo una vez he tenido el gusto de hablar al señor Selgas, el cual en mi concepto ha hecho de sí un magnífico retrato en su brillante apólogo de la *modestia* pero por muy modesto que sea el señor Selgas, bien puede envanecerse de poseer en alto grado el don de la novedad puesto que con su aparicion en la arena literaria ha dado lugar á dos acontecimientos á cual mas extraños en la época presente: uno la vindicacion de la musa española que si algun canto podia ya ofrecer nos era el de sus propios funerales, y otro el arranca al hijo de mi padre un elogio, lo que en efecto, tiene indicios de un verdadero fenómeno. Ilago voluntariamente esta confesion sintiendo en el alma que no voy acompañada del propósito de la enmienda; porque como es tan difícil contemplar hoy á nuestra amada patria sin hallar motivos para disculpar el crimen de Champeúde decirse con verdad que el crítico mas concienzudo, el pintor mas fiel de la sociedad actual, es el que mas epigramas produce. No se dirá que no sé lisonjear mi vanidad de poeta satírico.

Permitaseme ahora para legitimar lo que llevo dicho, presentar un ligero bosquejo de la España moderna bajo los tres puntos de vista, científico, artístico y literario, lo que podrá destruir muchas ridículas ilusiones de mal entendido patriotismo, sin que nos sirva de consuelo la vulgaridad generalmente admitida de que los españoles no producimos grandes obras por falta de proteccion. No por cierto. No estriba nuestra decadencia científica, literaria y artistica en la falta de proteccion: no consiste tampoco en que carezcamos de recipiente, como diria un químico. Nuestra decadencia, que puede ya llamarse postracion, nace, á modo de ver, de varias causas, de las cuales solo apuntaré dos, porque no es cosa de pulverizar en un solo día todas las monstruosidades en que algunos de nuestros patriotas fundan todo lo que tiene de enfático nuestro orgullo nacional. La primera de dichas causas está en el pésimo sistema de instruccion que siempre hemos tenido, y que gracias á la intencion ó pericia de los que dirigen el teclado, promete hacer de nosotros valiéndonos de una feliz espresion de Victor Hugo, la segunda torre de Babel del género humano. En este punto, caminamos con tal rapidez, pero tan en oposicion á la sabiduria, que el mas señalado individuo de las academias de Francia, Inglaterra ó Alemania, si valdria estúpido solo con obligarle á frecuentar durante seis meses nuestras universidades. La segunda causa de hallarnos tan atrasados, es precisamente creer que estamos muy adelantados. No conozco entre nosotros un solo naturalista que pudiera resignarse á trocar su nombre por el de Montesquieu, ni un autor dramático que no crea haber sobrepasado á Dumas, ni un pintor que se humille ante las obras de Rafael, ni un cabo de escuadra que no escuche ó lea con desdenoso indiferencia las hazañas de Alejandro y las campañas de Napoleón. Duro es decirlo, y sé muy bien que los que en estos renglones se vean retratados, me volverán la tortas tomando el acento de la verdad por un desenfado de refinado orgullo. De todo tiene la viña del Señor; confieso mi pecado y tampoco en esta ocasion prometo enmendarme, porque sería una sansez de folio andar con los pies desnudos, donde hasta los gatos quieren zapatos. Tambien Diógenes tenía su cachito de vanidad en pisotear la vanidad de Platon.

La verdad es amarga, y como decía Quevedo, precisamente quiero echarla de la boca porque es amarga. Si fuera dulce la emplearia solo en recrear mi paladar y no diria que desempeñamos ante la Europa culta el papel que hacen á nuestros ojos los finchados portugueses. ¡Ello es triste! ¡eruel! ¡desagradador! Pero la imparcialidad exige que nos comparemos á los habitantes de ese celemin de tierra incrustada en nuestra península, los cuales, entre otras barbaridades dicen, y no por pura baladronada sino porque tal es su profunda conviccion, que la marina británica casi puede competir con la portuguesa. Podria cotto horar lo que llevo manifestado con muchas declamaciones de las que diariamente llenan las columnas de nuestros periódicos, pero no quiero detenerme demasiado, pues para mi propósito basta presentar una causa real de nuestro abandono, cual es la persuasion en que estamos de nuestro soberano dominio en el campo de la inteligencia. Es claro: si todo lo sabemos ¿qué nos queda que aprender? Estudien los extranjeros si quieren saber algo, que nosotros los españo-

es tanto haremos con estudiar nuestras propias obras, preciosas minas que encierran tesoros inmensos; aunque tan ocultos que bien puede darse el título de zahorí al que tenga la fortuna de tropezar con un filón.

Tal es, amados lectores míos, el bosquejo, aunque incompleto, del cuadro de nuestra situación científica, cuadro que afecta a mi imaginación de una manera tan ligazbre como el *Cuadro del hambre*. Pero voy a dar un par de pinceladas aun, para hacer resaltar cuanto sea posible algunos efectos de claro-oscuro. Figúraos en primer término un montón ó grupo de médicos que hacen encarnizada guerra á la homeopatía sin conocerla, sin siquiera haber leído el *Organon* de Hahnemann, fundador de esta nueva escuela, y de quien todo lo mas saben que siendo viejo adoptó para rejuvenecerse el principio de *contraria, contraria* casándose con una muchacha muy bonita, razón poderosa para que muchos rechacen el *similia similibus* en que descansa la verdadera ciencia de curar. Este argumento es perverso, pero no son tan buenos los que usan para negar la lógica base del *dinamismo vital*; el prudente y sabio sistema de la *experimentación pura*, y sobre todo la eficacia de las *dosis infinitesimales*, que es el caballo de batalla de los que no ven mas allá de sus narices, y á quienes la naturaleza, tuvo el capricho de hacer chatos. Contemplad á la derecha, que es el lugar de los escogidos, el enjambre de mentecatos abrumados de títulos y borlas, muchos de los cuales no solo ignoran sino que son incapaces de aprender lo mismo que tratan de enseñar, y los restantes saben tan poco que ni siquiera saben como han logrado obtener sus borlas y sus títulos. Considerad á la izquierda, que hasta el lado indica lo siniestro del asunto, esa abundante biblioteca de las obras recomendadas por el gobierno á los establecimientos de educación, obras que tendrían su mérito si conforme se han escrito y recomendado con intención sana se hubieran recomendado y escrito con el propósito de mantener al pueblo en el embrutecimiento. Doy licencia á cualquiera para que prosiga el examen de mi cuadro, convencido de que será difícil hallar un detalle que no esté en perfecta armonía con el conjunto. Y sin embargo, lectores míos, aquí donde tan escasamente se ha hecho sentir el progreso del siglo XIX de la era cristiana, que parece el año decimo noveno de la civilización, las empresas de nuestros pretendidos sabios son como las cantidades que no tienen raíz exacta, á las cuales dan los matemáticos las denominaciones de *incommensurables é irracionales*. Esto último tiene su explicación.

En otros países donde se sabe mucho, solo se ocupan los inteligentes en dar el impulso y empleo oportunos al vapor y demas agentes que han venido á suplir á los brazos del hombre, estériles con arreglo á las necesidades de la época, en todos los ramos de la mecánica industrial; en hacer mas fácil, seguro y económico el uso de la navegación, en mejorar el de los ferro-carriles empleando motores que no es necesario rebuscar en las tenebrosas regiones del incógnito, sino que naturalmente se desprenden de los conocimientos adquiridos; para decirlo de una vez, en perfeccionar lo conocido sacando el posible fruto de sus prudentes aplicaciones.

Aquí donde se sabe muy poco, somos ferozmente ambiciosos, aspiramos nada menos que á la cuadratura del círculo, al movimiento continuo, á la navegación aerostática, y como si lo dicho no fuera suficiente para ponernos en berlina, hará cosa de dos meses que uno de nuestros compatriotas tuvo la divina ocurrencia de aplicar la electricidad á la agricultura, cosa que no hubiera imaginado nunca el que es la manteca. Pero ya creo oír un murmullo de reprobación general, y á pesar de las seguridades que me dan mi calma característica y mi indomable conciencia, hieren profundamente mi susceptibilidad los gritos de: «Mal español, mal patriota! no es ciencia, no, lo que nos falta, sino protección.» ¡Ah! digo yo, amada patria mia! No te echo yo en cara tus miserias por avergonzarte, sino porque trates de remediarlas. Mira tu desnudez, convéncete de tu infortuna, y persuádate de que solo con la aplicación y el trabajo podrás engalanarte y ser algun día la mas respetada y gentil matrona del universo! ¡Protección! Esta palabra me horripita, porque siempre ha sido un sinónimo de tiranía en manos de los gobernantes, y en cuanto á la protección que el talento puede prometerse de los particulares, poco me es licito esperar donde jamás han merecido los sabios los obsequios que se tributan á los toreros!

Pero no es verdad: no pueden quejarse nuestros ingenios de que les falta protección; al contrario, los capitalistas españoles están siempre dispuestos á cualquier sacrificio que tenga por objeto la realización de un pensamiento atrevido, y cuanto mas atrevido sea el pensamiento, y por consiguiente mas difícil su realización, menos escasearán los recursos pecuniarios. Podrá suceder que uno de nuestros artistas ó literatos carezca de medios para enriquecer nuestros museos ó nuestras bibliotecas con un buen cuadro ó con un buen libro; pero nunca faltará la cooperación del capital á nuestros ingenieros mecánicos, sobre todo, siempre que conciben algun proyecto que raye en lo imposible. En prueba de ello podría citar muchas obras útiles, que como algunas representaciones de teatro, se han suspendido por indisposición del público, y apostaría la cabeza á que de todas partes chorreaban suscripciones si se anunciaran empresas tan absurdas

como v. gr., convertir el pedernal en salchichon, abrir un camino subterráneo desde Madrid al cabo de Buena-Esperanza, trasladar á Castilla la Nueva el monte Chimborazo, ó poner unas cortinillas en la puerta del Sol, suspendiéndolas de los anillos de Saturno. ¿Y se dirá todavía que carecemos de protección? Lo que yo digo es que en Francia y en Inglaterra habria sido punto menos que imposible hallar una peseta para Mr. Daguerre y el capitán Warner, si estos no hubieran dado la prueba de paso que anunciaron, el uno su importantísimo y ya popular método de fijar los objetos en una plancha por medio de la luz, y el otro su diabólico, aunque no menos ingenioso descubrimiento de la bomba invisible.

Todo lo contrario sucede en España: basta ver aquí anunciado, como llevo dicho, un proyecto-monstruo para que lo demos por hecho, sin asesorarnos mas que de nuestro buen deseo y sin otros antecedentes que el alto concepto que hemos tenido la modestia de formar de nuestras privilegiadas facultades. Por los años 43 ó 44, que no me da el naipe para esto de recordar fechas, se prodigaron recompensas oficiales á un personaje que no dió la demostración, pero que suponía haber resuelto el gran problema de la cuadratura. Diciendo esto creo haber dicho lo bastante, á no ser que haya empeño en que agregue mi voz al coro general de los que dicen ¡viva la protección! Si señores ¡viva la protección! y sobre todo cuando recae en favor de tan originales ingenios. ¿Queréis que continúe dando iguales muestras de docilidad? Pues no tengo inconveniente, y para ello os diré que hará cosa de tres ó cuatro meses se anunció el descubrimiento del movimiento continuo. (Por de contado es el cuarto ó quinto anuncio de este género que por distintas personas se ha dado á luz en España desde el pronunciamiento de 1813.) Supe que el autor de semejante descubrimiento era un tonto y no podía ser otra cosa porque solo los tontos se dedican en el mundo á hacer tonterías. Pero puedo añadir que este tonto debia calzar muchos puntos en la escala de los que siguen su profesión, porque entre los muchos disparates que de él podría citar, mencionaré uno que pueda calificarse de vandálico y horrendo en quien tiene tan gigantescas pretensiones. Consiste la gracia en que para trazar una circunferencia igual á la de un círculo dado, tomase por radio el diámetro de este. ¿Qué habia de suceder? La segunda circunferencia salió mucho mayor que la primera, lo que causó gran sorpresa al improvisado geómetra. Pues he aquí uno de los grandes mecánicos encargados de vindicar á la nación española dando á la imbecil Europa un mero movimiento continuo en los hocicos, y debo añadir que para lograr tan elevados fines, este desventurado tuvo el apoyo de un capitalista cuyo nombre daré á luz si fuera necesario. Ahora, ya que he contraído la obligación de entusiasmarme sin fundamento, debo esclamara, y esclamado desde luego con toda la energía del frenesí. ¡Viva la protección! ¡viva!!! y sobre todo cuando recae en favor de tan originales ingenios.

Deberia para terminar el cuadro de nuestra situación científica, decir algo del célebre Eolo del señor Montemayor. Pero sobre este punto prefiero callar, porque habiendo tenido el gusto de ver los trabajos y oír las esplicaciones de este señor tan digno de estimación por su carácter como respetable por sus conocimientos, no quiero decir una palabra que pudiera entibiar su fé cualesquiera que sean mis opiniones respecto á las dificultades de su empresa. Sin embargo, tengo el deber de consignar aquí un hecho, y es que el señor Montemayor ha obtenido para llevar á cabo sus planes la *protección* de varios capitalistas, por lo cual y por haberse dado á su pensamiento tanta publicidad dentro y fuera de España, pesa sobre dicho señor una inmensa responsabilidad, como que del resultado de sus trabajos pende que seamos durante muchos años la irrisión de Europa ó que podamos borrar en todas las naciones el recuerdo de nuestros pasados y presentes delirios.

Vamos á las artes. ¡Pero qué artes! Aquellos de mis lectores que hayan asistido este año á la esposición de pinturas comprenderán toda la aflicción que sufro en este instante. Son dignos de elogio el retrato de la reina, hecho por don Federico Madrazo, y el del general Narvaez, última obra de nuestro inolvidable don Vicente Lopez. Merecen especial mención los bellísimos cuadros del inspirado Villamil, y sobre todo el que representa la ciudad de Jerusalem, que es una de las obras mas notables de nuestros dias; y en fin, me faltan palabras para encarecer el mérito del cuadro que figura una corrida de novillos, aunque este cuadro no es para enanecer á los españoles, porque es obra de un francés, cuyo nombre siento no recordar en este momento. Pero aparte de lo que dejo apuntado, prescindiendo de los magníficos retratos que de algunos de nuestros poetas ha hecho el acreditado miniaturista don Gerónimo Muñoz, y de cuatro ó seis cuadros mas que no pasan de una triste medianía, dígame si la esposición en todo lo demas no es una calamidad pública, una recopilación de panderetas y abanicos de novia, un conjunto de mamarrachos que se hubieran avergonzado de presentar á Hernán Cortés los salvajes intérpretes de Motezuma. ¿Consistirá esto en que no hay protección? Probablemente consistirá en que no hay artistas.

Mucho tiempo hace, amados lectores, que los españoles andamos de ceca en meca, ó de mal en peor, como suele decirse. Esto es lo que á mí me está sucediendo. He tenido que hablar de nuestras artes des-

pues de haberme ocupado de nuestras ciencias, y tengo ahora que decir algo de nuestras letras despues de lo que llevo dicho de nuestras artes. Pero no hay remedio, y puesto que no hay remedio voy á manifestar cual es el estado de nuestra literatura á la aparición del apreciable poeta don José Selgas, á quien dedico este pobre trabajo y de quien nos íbamos olvidando involuntariamente.

¡Nuestra literatura! Veamos. La novela no existe entre nosotros. La poesía lírica quiere existir y no puede. La literatura dramática nos haria mucho favor dando menos señales de vida. No me detendré á hablar de la novela, porque ya he dicho que no existe, y yo nunca malgasto mi tiempo en pró ni en contra de entes imaginarios. Diré solo de la poesía lírica que ha perdido en solidez mas de lo que ha ganado en volumen, pues si bien es verdad que desde la llamada restauración de nuestras leyes fundamentales podríamos trazar un círculo máximo alrededor del mundo empalmando los versos que hemos producido, tambien lo es que si desechamos todos los versos retorcidos, mal configurados, endeables ó quebradizos, difícilmente quedaria cuerda para la campanilla de un cuarto entresuelo. Esto por lo que dice relación á la forma, que si despues tendemos una mirada al fondo no podremos menos de esclamara como cuando vemos á un hombre de elevada estatura huir de una lagartija: ¡Oh! ¡Quién diria qué dentro de tanta materia rebullia tan poco espíritu!!! Efectivamente, nuestra poesía lírica tan hinchada, tan ampulosa, tan bachillera y tan superficial, delirando cuando quiere discurrir, aullando cuando quiere cantar, y hablando la mayor parte del tiempo sin saber lo que dice, suponiéndola capaz de decir algo, parece una pobre criatura de origen entre gótico y árabe, con una facha mas bien bárbara que atlética y un acento menos meridional que fanfarron. En una palabra, nuestra poesía lírica es hermana carnal de nuestra poesía dramática; solo que esta última tiene para merecer menos que la primera las desventajas de ser mas fea, mas desgarrada, mas pobre, mas necia y mas vanidosa. Pero este es asunto que pienso tocar por separado; porque exige una série de artículos, y creo haber abusado ya mucho de la paciencia de mis lectores, á quienes habia ofrecido el examen de un tomo de poesías, y cuyas esperanzas dejo por hoy burladas, para que se vea que yo mismo, aun preciándome de conocer nuestros defectos, participo de la incoherencia inherente al desbarajuste intelectual en que vivimos. Voy, pues, para concluir este artículo á decir que si no estamos mas adelantados en literatura que en las artes y ciencias, tampoco es efecto de la falta de protección sino de las mismas causas á que en mi concepto se debe nuestra general decadencia. Pocas veces los poetas españoles han obtenido las consideraciones, honores y lisonjas que en nuestros dias, y pocas veces quizá semejantes lisonjas, honores y consideraciones se han repartido mas indignamente. Pero ya he manifestado que no quiero por hoy insistir en este particular, pues me basta haber dado un ligero bosquejo de nuestra situación, y principalmente de nuestra literatura, que es lo que mas relación tiene con el objeto que me ha decidido á tomar la pluma, á la aparición del jóven don José Selgas, en quien reconozco algo mas que las apreciables prendas de un poeta lírico, pues aparte de su rica imaginación, su ternura infantil y su gala unida á la sencillez de las formas, descubro en él un hombre pensador, un filósofo, lo que no es muy comun en estos tiempos.

Restanos decir que este nuevo vate ha tenido tambien su Mecenaz. El jóven Selgas ha vivido ignorado hasta aquí en un rincón de nuestras provincias, y probablemente por su falta de recursos y su modestia hubiera acabado sus dias en el olvido á no haber logrado la protección del señor conde de San Luis, á quien se debe la publicación del tomo que me ha inspirado estos renglones, y á quien en adelante deberá el parnaso español lo mucho que del señor Selgas esperan los amantes de las musas. Debo aplaudir, no solo la generosidad del conde, sino su buen criterio, su buen gusto, su acertada elección, porque desgraciadamente en nuestros dias, en que tan poco abundan los verdaderos ingenios, es bastante raro, y muy digno de alabanza, por lo tanto, el hombre que tiene el talento de comprenderlos y el mérito de alentarlos. El señor conde de San Luis y el señor Selgas comprenderán toda la sinceridad de mis elogios: el primero, aunque poderoso, porque sabe bien el abismo que separa á un ministro moderado de un escritor democrata, incapaz de faltar á los deberes que una bandera impone al hombre de honor que la tremola, y el señor Selgas, porque no se halla en posición de ofrecer otra cosa que un buen afecto á su admirador y amigo

J. MARTINEZ VILLERGA.

TIPOS Y CARACTERES DE MADRID.

LOS BIENAVENTURADOS.

Adonde quiera que nos lleve en sus incesantes vaivenes el confuso oleaje de la vida, difícilmente dejarán de presentarse por todas partes á nuestros ojos un sin número de contrastes, que ya escitan nuestra risa, ya nuestro llanto, ya contemplamos con dolor y estreñimiento del alma, ya miramos con la mas completa indiferencia, sino con absoluto desprecio.



El heredero rico.

El curso de la vida cortesana nos tiene acostumbrados á ver el palacio del magnate junto á la choza del mendigo; el lujo y la magnificencia del rico junto á la miseria y los harapos del pobre; la alegría del que amontona fortuna y honores, junto á la prostracion del que desfallece oscuro y abandonado; la algazara del baile y del festin, junto á las lágrimas del duelo y del luto. El rico y el pobre, el grande y el pequeño, el personaje y el hombre oscuro, el alegre y el triste, todos viven quizá bajo un mismo techo ó de seguro en una misma manzana de casas, en la estension necesaria para verse y oirse reciprocamente: todos se codean, se cruzan y se ven á toda hora por espacio de muchos años, sin variar jamás de posicion, sin dejar de hacer nunca el contraste; sin que el rico dé al pobre, ni el magnate ayude al hombre oscuro, ni el alegre haga por consolar al triste: y todos se respetan mutuamente, y hasta se han acostumbrado ya á contemplar sin asombro la enorme distancia que los separa unos de otros.

¿Y qué sería de la sociedad si hoy dejases de existir en ella todas esas desigualdades? ¿Qué sería de los pobres, de los que viven del trabajo, el día en que no hubiese poderosos ni magnates? ¿Qué sería de todos en general el día en que no hubiese pobres ni jornaleros, en que nadie quisiese trabajar para el sustento de los demás y el suyo propio?

Esto es sin duda lo que hace mirar, no solo con respeto, sino hasta con absoluta indiferencia, esas enormes distancias de posicion y de fortuna que separan á los hombres en sociedad: lo que hace presentir con ánimo imposible que se arrojen esquisitos manjares en la casa del magnate el mismo día en que el infeliz artesano, su vecino, no tiene pan para alimentar á su desgraciada familia: y que se derrochen y malgasten en casa del potentado algunos millones



El administrador de una posesion real.

que bastarian á mantener doscientas familias necesitadas.

Pero si el pobre mira con respeto los tesoros del rico, y el miserable lleva con paciencia que el magnate ostente cerca de él su espléndida fortuna: si entre las clases menesterosas hay la resignacion suficiente para ver al noble haciéndolo tarde de las riquezas que le legaron sus predecesores, y al alto personaje disfrutando de la envidiable posicion que conquistó por sus méritos y su esclarecido ingenio: si hay en fin, de parte de todos la conformidad necesaria para que cada cual sea en la sociedad lo que debe ser y lo que está llamado á ser; el público no vé nunca con paciencia una diferencia harto comun entre las personas que están llamadas á vivir del trabajo: á saber: que mientras los unos se afanan y derraman copiosos sudores por ganar su sustento, otros, sin mas requisitos que los anteriores, hayan encontrado el modo de pasar una vida muelle, cómoda y regalada, que no les daban derecho á esperar sus antecedentes ni sus méritos personales.

¿Y hay por ventura en Madrid, dirán quizá mis lectores, algunos de esos bienaventurados, que habiendo nacido para vivir del trabajo, han logrado vivir sin trabajar?—Hay infinitos de esos seres bienaventurados, lectores míos; y el enseñaros algunos de ellos es lo que precisa y únicamente me proponia al escribir este artículo.

¿Veis ese apuesto jóven de treinta y seis años, de cabellos largos, espeso bigote, gaban abotonado y sombrero de alas remangadas? Pues hace veinte y seis años que su padre formaba parte de la



El ayuda de cámara jubilado.

sociedad asturiana que se reúne en Puerta Cerrada; y él iba á la escuela sin zapatos. Poco despues trocó el padre la cuerda por el saco de cambiante: de cambiante pasó á corredor, de aqui á dependiente, y luego á socio de una gran casa de comercio: há un año que murió; y su hijo, que debió reemplazar á su padre en el cargo de llevar la cuba, se hace llevar en dos magníficos carruages, que mantiene con seis mil duros de renta que le dejó el difunto: es verdad que él no gasta seis, sino doce, porque tiene una lujosa habitacion, mesa de estado, abono en todos los teatros, innumerables amigos y no pocos amigos, en cuya amable sociedad pierde algunas onzas al juego; pero si al fin y á la postre es él un heredero rico, que se ha encontrado un inmenso caudal sin saber de dónde le ha venido; ¿qué le importa triunfar y derrochar sin tasa ni medida?

De alguna mas edad es don Pancracio, el apoderado general del marqués de R.; pero no de mas claros orígenes. Siendo procurador sin pleitos, y con mas trampas que dias tiene el año, hubo de proporcionarle cierto amigo un poder para gestionar en un asunto del marqués, y entonces comenzó á conocerlo. Para socorrer sus necesidades dábale el marqués á copiar cuentas de la casa, y poco á poco se fué apegando á ella como la enredadera al árbol, de tal suerte que á fuerza de no tener otro mas cerca á todas horas, el marqués le nombró su apoderado general con veinte y cuatro mil reales de sueldo. El dice que los aprovechamientos (porque es hombre muy aprovechado) valen otros veinte y seis mil; con lo que trune sueldo de Director de rentas y coche. Otro de la catadura de don Pancracio hubiera concluido por dar vueltas á una



El apoderado general de un grande.

moria: él hace que todo el mundo dé vueltas en derredor suyo, sin que él se mueva para cosa alguna.

Veán vds. al ayuda de cámara del duque de S... Cuando jóven todo su trabajo estaba reducido á ayudar á vestir á S. E. Ahora, que es viejo ¿saben vds. lo que hace para descansar de tantos trabajos? Se planta el uniforme desde que se levanta de la cama y se pasea en la antecámara del duque de arriba abajo, de abajo arriba, de izquierda á derecha, y de derecha á izquierda. Hace una cortesía á cada uno que entra y sale, y tiene de retribucion por este trabajo una onza mensual, casa, mesa, cama y luz, sin gasto de ropa, porque siempre lleva los uniformes de servicio del duque. Este pedazo de alcornoque, que apenas sabe leer y escribir y vino al mundo pobre y desnudo, nació para pasar trabajos y Dios le enseñó el camino de la bienaventuranza.

Pues no es mas avisado que él don Crisanto, el administrador de la real posesion de X. De chico era tan torpe, que toda su educacion hubo de reducirse á leer, escribir y contar: entró de meritario en una oficina y allí vegetó treinta años, hasta que la oficina entera sucumbió en un vaiven de arreglos y desarreglos. Por fortuna don Crisanto contrajo en sus tiempos intima amistad con el general Z., sin otros méritos que los de asistir todas las noches á su tertulia por espacio de los consabidos treinta años: que hiciese frio, que hiciese calor, que nevase ó diluviase, que hubiese gente ó no la hubiese, que se celebrasen bailes ó se florasen duelos, don Crisanto no faltó á casa del general ni una sola de las diez mil novecientas cincuenta noches que comprenden los treinta años, porque aun cuando el general salia de Madrid, daba, como decia él, una vueltecita por la casa, á ver si se habian llevado algo. El general era ministro cuando don Cri-



El cobero de un marqués.



La viuda del coronel.

...ento quedó cesante; y teniendo en cuenta que sabia leer y escribir, lo hizo nombrar administrador de una posesion real.

Mas abajo verán vds. asomar las espaldas de un desgraciado de don Pelayo: gordo y rollizo, si los hay; como pocos: su entendimiento no alcanza mas allá de sus narices. De muchacho entró á servir en casa de un título, donde trabajaron tres años en desahuciarlo; y su tendencia á asimilarse era tan fuerte, que á nada le cobró tanta afición como á la cuadra de su amo: los caballos eran sus mas íntimos amigos; con ellos comunicaba sus penas; y en cambio les cuidaba y servaba con un esmero particular: esta afición le valió mas tarde el puesto de lacayo, y en diez años de lacayo tambien aprendió á ser granadero; de suerte que su entendimiento, que antes no alcanzaba mas allá de sus narices, creció hasta el punto de alcanzar á las narices de los caballos. Hoy día tiene este animal bipede diez reales diarios, libres de todo pasto, y no pascas sino en coche, á las mismas horas que lo hace su amo: de suerte que este desgraciado mozo, en vez de tirar todo un día de un azadon,—que no merece mas,— disfruta un buen sueldo por el trabajo de estar en coche.

Doña Rita, la viuda del coronel, era hace veinte años una muchachota robusta y fresca, hija de una pobre muger que vivia en el pueblo de N. Coser, planchar, barrer, fregar platos y limpiar los suelos eran sus habituales trabajos: su educacion no conocia otros adornos fuera de estos, y á este estado debió vivir constantemente reducida, si es que no acababa con ella la miseria, porque su pobre madre iba cada día de menos á menos. Pero tuvo su madre un señor coronel hospedado por espacio de dos años, y tan buenas cosas se dió á servirle la muchacha, que al cabo hubo de convencerse de que le venia bien para esposa. El coronel murió cuando contaba treinta años de vida, y tenia atrasadas ochenta pagas mensuales

de 90 duros. Doña Rita solo cobra una cada tres meses, de suerte que disfruta un duro diario de renta para ella sola, porque el difunto no le dejó sucesion; y tiene asegurada su subsistencia para veinte y cinco años, sin hacer otra cosa que comer, dormir, y pasear al sol ó al aire, segun las estaciones.

Luisa, hermosa niña de diez y ocho abriles, es la hija única de un pobre administrador de correos; hízola el cielo mas bella que los ángeles del amor, y en sus primeros años trabó una amistad de colegio con la hija del banquero X; esta amistad, formada entre los juegos infantiles, fue creciendo con los años de tal suerte, que siendo muy enfermiza la hija del banquero, Luisa se fué á vivir con ella para asistirle y cuidarla algunas temporadas, y acabó por instalarse de lleno en la casa de su amiga. Luisa tiene una lujosa habitacion, coche, palco en la ópera, ricos vestidos y buenas alhajas. Al verla, nadie dirá que su padre tiene 6,000 reales de sueldo: pero es la ahijada del banquero, y se vé rica y llena de goces, en vez de pasar las miserias y trabajos propios de su clase.

Pues en el cuarto tercero de la casa de enfrente tienen vds. á dos amigas que viven juntas, y que toda su vida—que ya toca á su término—la han pasado sin contar con recursos, haciendo el papel de beatas con admirable gazmoñeria. Un inglés ha dado en la humorada de pagarles seis pesetas diarias por una habitacion que tienen, mas cueca que ellas mismas; habitacion que no ocupa el inglés; pero que paga con la condicion de recibir en ella cuando le acomoda. Las buenas amigas hacen que no ven, ni oyen, ni entienden nada de cuanto allí pasa: asi viven hace seis años, y ya tienen ahorrados muy buenos cuartos.

Doña Rosa, huérfana de un intendente que fué allá por el año 30 al 34, se ha quedado sin un real, ni de dónde le venga, como se dice vulgarmente. Otrá en su caso pasaria mas trabajos y miserias que el mismo Job; pero á doña Rosa le ha venido Dios á ver con su dilatadísima parentela. Un tío, tal cual acomodado, le pasa una pension de medio duro, religiosamente pagada: tiene tres primas, y come dos veces á la semana



La ahijada del banquero.

que cultivan: de qué otra manera habrá de calificarse á esos banqueros, que debieron á una jugada de bolsa todas las riquezas y felicidades de que gozan: á esos hombres á quienes una loteria, un azar de fortuna, un encuentro casual, una relacion inesperada, un matrimonio de conveniencia ú otro accidente de este género han abierto las puertas de un porvenir que no podian entrever como último término de sus planes, que otros ven dibujarse allá en el lejano horizonte de sus esperanzas, y corren toda su vida tras él, sin poderlo nunca alcanzar?

Porque sin que sea visto dar á los medios materiales de existencia mas valor que el que su mismo carácter material les asigna entre las comodidades y goces de la vida: sin que creamos nosotros que se encuentra la felicidad en una situacion determinada, porque la felicidad nace del corazon, y del corazon depende exclusivamente: sin que nos pueda parecer envidiable lo que se obtiene por medios indignos y lo que se posee sin merecerlo: sin que tengamos por feliz al hombre máquina que tiene fortuna y honores, por el mero hecho de tener lo que él mismo no aprecia: sin que pretendamos, en fin, dar en la sociedad mas valor á lo que se llama la posicion del individuo, que el que le dá la sociedad misma; es indudable que del seno de la clase media, que vive con los recursos de su trabajo, salen algunos indivi-



Las beatas gazmoñas.

en casa de cada una: el cuarto se lo dá de valde otra tia viuda, sexagenaria. Cuando celebra dias, en sus cumpleaños, por pascuas, año nuevo y otras festividades notables, todos sus parientes le regalan mantelitas, mantillas, papalinas; abanicos, etc. Ella á nadie regala, porque es pobre en el sentido de la ley; pero en realidad es mas rica que todos ellos. Sus ocupaciones se reducen, como las de doña Rita, á comer, dormir y no trabajar.

¿Ven vds. esa hermosa criatura, con negros y brillante ojos, preciosa cabeza, formas insinuantes y aire tranquilo y descocado? Pues ahí donde vds. la ven, ha hecho todo lo que puede por ser una miserable desgraciada, y es hoy día una muger completamente feliz. De niña no quiso aprender nada de cuanto sus padres se empeñaron en enseñarle. Poco despues su madre quedó viuda, y libre del freno paternal, la niña se hizo una coqueta de primer orden; todo Madrid era poco para ella. Cuando cumplió diez y ocho años, ya no se contentó con ser coqueta.... Todo Madrid tiene recuerdos de sus favores. Pues ¡asómbrense vds.! Acaba de casarse con un joven rico, elegante, que la lleva en un lindo carruage, mientras su madre va encargando á todo el mundo un poco de reserva en favor de la paz matrimonial. Al verla dicen las mugeres honradas. «De qué sirve ser buena y virtuosa?» y aunque no tienen razon en condenar la virtud, la tienen en indignarse al ver asi ensalzado el vicio.

De cada una de estas bienaventuranzas—á las que ya pondré término—conozco en Madrid diez ó doce ejemplares. ¡Ay, lectores míos! este artículo seria inacabable si os hubiese de insertar el catálogo de todos los bienaventurados que conozco!

Decidme, sino, ¿qué denominacion habrá de darse á todos esos hijos de la dicha, que á falta de méritos propios han alcanzado por los de sus parientes ó amigos una posicion que les envidiarían algunas personas distinguidas por su saber y sus talentos: cómo merecen llamarse esos niños mimados de la fortuna que adquieren los destinos bailande polkas, y consiguen cruces y honores por cada una de las relaciones



La huésped de todo el mundo.

duos que pasan su vida corriendo sin cesar tras un porvenir de gloria y de fortuna constantemente soñado y no alcanzado jamás: mientras á otros no parece sino que les aguardaban á su salida al mundo aquellas dos caprichosas deidades para ofrecerles con su ayuda un porvenir que acaso no imaginaron ellos mismos una posición de que las mas veces no son dignos.

Estos son los que á falta de mas adecuada expresión, hemos definido bajo el epigrafe genérico de los bienaventurados.

J. M. ANTEQUERA

LA ESTRELLA DEL SUD.

NOVELA ORIGINAL

POR DON ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

TOMO TERCERO.

CAPITULO III.

El gabinete de Emirene.

No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. Hétenos ya en el gabinete cuya descripción he ido aplazando intencionalmente. Vamos á ver si corresponde á las esperanzas del lector, y si merece en realidad que le consagremos un capítulo entero.

Arturo y el marqués bajaron juntos la escalera; pero solo el primero salió á la calle. El segundo hizo al pie de la letra lo que le indicó su amiga, y llegó hasta el pabellón sin el menor obstáculo. Verdades que todo el peligro, si alguno había, estaba al cruzar el patio, y él tuvo la precaución de arrimarse á la pared al pasar y atisbar antes si alguien podría verle.

El pabellón que Emirene llamaba su gabinete de estudio, porque en él pasaba la mayor parte del día, quedaba en un ángulo de la casa y remataba en el jardín; tenía entrada por el piso principal y por el inferior, y la llave era común á las dos puertas.

La circunstancia de quedar la del piso bajo en la parte mas retirada del edificio, solitario siempre á esa hora, como destinada á almacenes y depósito de efectos mercantiles, alejaba todo temor y hacia poco menos que imposible una sorpresa.

El marqués abrió la puertecilla indicada que dejó entornada, por si acaso, y subió la pequeña escalera que conducía al gabinete.

Al abrir la puerta de este, al resplandor de la luz que entraba por una de las vidrieras, vió sobre la mesa una palmaria y fósforos, y cumpliendo las instrucciones de Emirene, se apresuró á correr las ventanas, y á correr las cortinas, para que no se viese por la parte de afuera el reflejo de la luz en las hendiduras de los postigos.

Hecha esta operación, encendió la palmaria, y aunque conocía palmo á palmo la pieza en que se encontraba, le pareció conveniente hacer una minuciosa pesquisa de ella, como acostumbraba siempre que se veía empeñado en alguna aventura que podía tener serias consecuencias.

Dicha pieza, de forma octógona y bastante espaciosa, quedaba, como he dicho, en un ángulo de la casa, aislada completamente del piso principal, con el que se comunicaba por un estrecho corredor. Hecha espresión para servir de retrete á una hermosa, el lujo, la elegancia y el buen gusto, resaltaban en caprichoso maridaje dentro y fuera de ella.

Figúrese el lector una espaciosa habitación edificada en una de las mas bellas posiciones que se pueden imaginar; coronada por un elegante mirador desde el cual alcanzaba la vista los paisajes mas encantadores; sombreada y perfumada por los árboles y odorosas flores que crecían á sus pies; iluminada en derredor por doce balcones, cuyas persianas y vidrios de colores estaban dispuestas de modo que no permitían pasar mas luz que la que deseaba la persona que se hallaba dentro: añada á estas ventajas de la naturaleza y del arte un conjunto de muebles preciosos y de objetos artísticos, que á primera vista revelaban la magnificencia y el delicado gusto de su dueño, y se formará una idea aproximada de la mansión de aquella muger-poeta, si me es permitido usar esta frase para espresar el vago sentimiento de voluptuosidad é idealismo que inspiraba, aun en la ausencia de la divinidad que la embellecía.

Si, á su vista se estremecía de placer el corazón;

Y un vago sentimiento de deleite
Allí dejaba sin vigor el alma (1).

Las paredes estaban empapeladas con un esquisito papel de la China, notable por la exactitud de sus dibujos y lo raro y original de las escenas que representaba. Hermosos cuadros al óleo, interpolados entre los retratos de Emirene, don Juan y su hijo, pendían de la pared sujetos en áureos cordones y clavos de plata afiligranada. El cielo raso imitaba el purísimo azul del firmamento tachonado de estrellas. Ricos tapices de Persia cubrían el suelo; lujosas cortinas de seda

y damasco recamadas de oro adornaban los balcones:

Sobre graciosas urnas de alabastro,
Sobre vasos de porfido y de nácar
Sus lánguidas cabezas tristemente
Mil rosas prisioneras inclinaban;
Victimas del amor, tímidas flores,
Arrojaban constantes en sus aras
Su perfume suavísimo, y morían
Al dulce arrullo de las leves auras.
Líquido el ámbar salpicó mil veces
El pavimento de granito y plata,
Que el ébano y el mármol en mil giros
Con moriscas labores adornaban (1).

Encima de una mesa colocada en medio del aposento, y cubierta además de un sin fin de chucherías, cuyo menor mérito consistía acaso en las cantidades exorbitantes que habían costado; arreglados en agradable desorden ostentábanse frutas, animales, ángeles, peces y aves de oro y plata maciza, jaspe, mármol ó marfil; un hermoso librito de memorias de oro y nácar, notable por la delicadeza de sus cortes y del cincel que le había labrado; graciosos búcaros de caprichosa forma; una colección de los pájaros mas pequeños de las cinco partes del mundo, embalsamados y dispuestos en un árbol de coral, cubierto con un fanal; un juego de ajedrez trabajado en la India, pero tan diminuto, que todas las piezas estaban encerradas en un huevo del tamaño del de una gallina, el cual, tocándole un resorte, se extendía en forma de tablero; un album que había costado 10,000 francos en París; una Venus flotando sobre las aguas, encerrada en una ligera cocha con dos valiosas perlas en su estado natural; y otras muchas preciosidades por el estilo, solicitadas por don Juan en América y en el extranjero, pagándolas, como es costumbre, á precios disparatados, pero que á él nunca le parecían caras, al ver la afición loca que tenía su esposa por ellas, y la alegría infantil con que recibía cualquier objeto que, por lo bello, lo raro ó curioso, tenía realmente algun mérito artístico:

Que la muger en esto de caprichos
No distingue á los hombres de los bichos (2)

sean animados ó inanimados, montaraces ó domesticados, cuadrúpedos ó anfíbios:

En un extremo del gabinete veíase un magnífico piano alemán; á la derecha un pequeño escritorio de caoba, y encima una curiosa cartera forrada de terciopelo carmesí; á la izquierda cuatro estantes de libros acristalados que componían una selecta biblioteca de los mejores poetas y novelistas españoles, italianos, franceses é ingleses; idiomas que poseía Emirene casi tan bien como el materno; al frente había un espléndido sofá de jacaranda, de una labor inestimable, incrustado todo con nácar y chapas de plata; á su lado una soberbia otomana de la misma labor; encima del sofá una guitarra sevillana de gran valor; en la parte opuesta, un caballete de aromático palo del Brasil, con un paisaje recién empezado; y en fin, cerca de una de las vidrieras pendiente de la pared la hamaca de que ya he hecho mención, y á su lado un bastidor en el que se veían, al través del papel de seda que los cubría, unos tirantes á medio concluir.

Pero de todos los objetos que adornaban el gabinete, ninguno mas precioso que un reloj de sobremesa que marcaba las horas por medio de figuras simbólicas que aparecían en la parte superior, cruzaban la esfera, y desaparecían, dando desde uno hasta doce golpes, en una metálica campana oculta tras un sel de oro.

He aquí como estaban representadas las horas: la una, el Tiempo bajo la forma de un viejo octogenario armado de una guadaña; las dos, Adán y Eva; las tres el Pasado, el Presente, el Porvenir; las cuatro, las cuatro estaciones; las cinco, la Europa, Asia, Africa, América y Oceanía; las seis, la sacra familia, la Virgen, el niño Jesus, San José y los tres reyes magos; las siete, los siete sabios de Grecia; las ocho, el sistema planetario como se conocía entonces (3), las nueve, las traviesas hermanas conocidas con el nombre de musas; las diez, los diez conquistadores mas célebres, Alejandro, Manco-Capac, fundador del imperio del Perú, Mahoma, Atila, Alarico, Tamerlan, Carlo-Magno, Julio César, Cortés, Pizarro; las once, una estrella rodeada de un sin fin de estrellitas imitando la constelación de las once mil vírgenes; las doce, las doce apóstoles.

Por no estenderme demasiado, paso por alto la descripción de los trages, signos característicos y varios movimientos de todas estas figuras. Baste decir que tanto por su esquisita labor, como por la propiedad de los objetos ó personajes que representaban, hacían del reloj una obra maestra de primera clase.

Me he propuesto ser breve y no quiero fastidiar mas á mis buenos lectores (salvo los que no sean buenos, que no serán pocos) con digresiones inoportunas: el que tenga curiosidad (y *cumquibus*) y desee saber si el referido reloj es tan bello en realidad como en

(1) Leyenda citada.

(2) Sandoval. La perrita faldera.

(3) El lector sin duda sabe, ó no sabe, que *Ceres, Polus, Júpiter* y *Vesta* han sido descubiertos desde principios de este siglo, de 1801 á 1807, y que en la época á que me refiero, solo eran conocidos: *La Tierra, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno* y *Urano*, que con el *Sol* forman el número ocho.

perspectiva, puede si gusta, mandar hacer otro igual á París, Ginebra, Londres ó Alemania, y regalármelo, que yo lo aceptaré solo por ser recuerdo de persona tan apreciable, tan inteligente, instruida, amante de las bellas artes y digna, muy digna de todos mis respetos; consideracion y cariño.

Siendo indudable que el aspecto exterior de los objetos ejerce una grande influencia sobre los sentidos, y hasta determina nuestras ideas, comprenderá el lector cual debía ser el efecto que produciría este amalgama de todo lo mas bello y poético del lujo y de las artes, reunido allí como arras y trofeo de la divina muger, que hasta en sus mas leves instintos descubría la superioridad y nobleza de su origen celestial. ¡Su visísimo aroma encerrado en caja de topacio; rico brillante embutido en oro y circuido de perlas y rubies!

Respirábase allí una atmósfera tibia y embalsamada que traía á la mente ideas de voluptuosidad y amoroso delirio, como evocadas por el recuerdo ó el ángulo malo de la sillita de aquel retrete oriental, donde quier que los ojos se volviesen, encontraban estampada su huella, sin necesidad de abrir el riquísimo album en el que los pintores y poetas agotaron en vano el genio la paciencia, para trasladar al papel lo que se escapaba de la mente y al pincel:—el soplo de Dios difundido en la fisonomía y vibrando en el rayo de la mirada, ora tierna, ora severa, imponente ó cariñosa, en los boquillos de las mejillas, en la sonrisa ó contracción de los labios;— en los pliegues de la frente; en el porte majestuoso y regio; en la gracia de los ademanes, en la armonía del acento, en las chispas y sales de la conversacion.... porque la belleza de Emirene era una de aquellas bellezas privilegiadas que ofrecen una nueva perspectiva, vistas en las varias situaciones que producen alguna modificación en el rostro por ligera que sea; y para poder apreciarla en todo su valor era preciso contemplarla despierta y dormida, tranquila inquieta, sentada y andando, bordando y leyendo, contenta y triste, enojada y risueña, distraída y oyendo una relacion que la conmoviese, ó viendo la representación de un drama ó comedia que la agradasen, y como está probado que ni el poeta con todas sus rimas, ni el pintor con todos sus colores, aunque el primero tuviese el genio de Byron y el segundo el de Rafael, acertarán jamás—porque es imposible—á arrancar su secreto á la naturaleza, reproduciendo sobre una tela inanimada, ó con algunos miserables sonidos, todos los indefinibles matices que somorean con la rapidez de la luz una espresiva y hermosa fisonomía, resultando que las pinturas y trovas dedicadas á Emirene, aunque muy buenas para otra cualquiera, para ella eran una verdadera caricatura; ó en otros términos, los que tenían la vanidad de ofrecérselas no se imaginaban que querían poner la diadema de un niño en la cabeza de un gigante, y adornar á una altiva emperatriz con humildes galas de una aldeana.

Sin necesidad, pues, de abrir el album, el que la conocía, tropezada por todas partes con ciertos rasgos característicos que traicionaban la mano que los había trazado.

En la biblioteca eran varios libros sobresalientes un poco de la hilera, y cuyas páginas estaban señaladas al margen con lápiz en los pasajes mas sentimentales. Encima de la mesa, dos cupidillos de marfil los que había pintado enormes bigotes, color de fuego y un mono de porfido adornado con el toison de oro las insignias vireinales. En la cartera de los dibujos varias ingeniosas caricaturas de algunos empleados alto coturno. En la de sus papeles, una picaresca estrofa dirigida á los curiosos, de su propia cosecha, puesta como traducida del inglés por un poeta español. En los libros de música, varias roturas por la precipitación con que volvía las hojas. En los búcaros y copias, las violetas dominando á las demas flores; á este tenor aquí y allá, allí y acullá otras mil muestras semejantes de su carácter festivo, travieso, irreflexo y original.

Tal era la encantada mansión donde la bella Emirene con justicia «Estrella del Sud» á causa de su incomparable hermosura, pasaba una gran parte del día y á veces de la noche, entregada á sus inclinaciones favoritas, y según el humor que la dominaba, sin otra regla ni móvil que su capricho, ora tocaba un *waltz*, ó cantaba una *cavatina*. Tan pronto leía á Quevedo, Rousseau, á Metastasio ó á Pope, como traducía un fragmento de estos autores, escribía un romance ó un balada, que en seguida rompía temerosa de que se hubiesen de ella en la alta sociedad si llegaban á saber que componía versos, no obstante que algunos de ellos los hubiera firmado sin vacilar la insignie poética moderna (4), pura flor del jardín cubano, regada con una lágrima de la infortunada América.... y cuando no tenía ganas de tocar el piano y la guitarra, ni de cantar, leer ni escribir, dibujaba una cabeza griega, bosquejaba un paisaje ó hacia un retrato de miniatura, y cuando ni aun esto la distraía, se ponía á bordar unas chinelas, una relojera, un vestido ú otra cualquiera cosa para su esposo ó su hijo. Pero era tal la desigualdad y ligereza de su genio, que á veces en el mismo día, y en el intervalo de un par de horas, hacia todas estas cosas, deteniéndose diez minutos en cada una.

Don Juan, que como ya he insinuado, no acostumbra tomar en sus manos mas que el libro de caja y sus colaterales, solo veía en las distracciones de su

(4) Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.

(1) Castro. El maestro de Santiago.

era un mero pasatiempo tan inocente como útil, y aunque para él todo aquello eran pampinas, aplaudía a todo, y á todo decía amen, fomentando en cuanto podia las naturales inclinaciones de Emirene. no por amor á las bellas artes, sino por recelo de que si no se distraía de algun modo, el demonio del tedio la inspiraría otros pensamientos, y en vez de elevarse á las nubes se arrastraría por la tierra. Prohibía el hidalgo aquel conocido adagio, que no por ser tan vulgar deja de ser menos cierto y profundo: «La ociosidad es la madre de todos los vicios.»

De este modo el pabellon habia llegado á ser para Emirene un asilo inviolable donde se refugiaba siempre que queria estar sola, segura que los criados ni su mismo esposo llamarían á la puerta, si la encontraban cerrada. Y ella para evitarles el trabajo de atravesar el corredor, y significarles de una manera mas esplícita su soberana voluntad, acostumbraba á veces cerrar tambien el cerrojo á la de este, quedando por lo tanto incomunicada con el resto de la casa.

Sin embargo, para no herir la susceptibilidad de don Juan, y acaso para hacerle comprender que para él nunca tenia mal humor ni secreto alguno, en cuanto sentía sonar el pestillo de cualquiera de las dos puertas, se levantaba, corría á su encuentro, y le saludaba á entrar á la fuerza. Rara vez se equivocaba: ya porque conocia sus pizarras, ya por la hora en que solía él desocuparse de sus negocios y venir de la calle.

Así consiguió en breve, sin pretenderlo, que don Juan por un exceso de bondad, se alejase sin hacer ruido, toda vez que encontraba la puerta del corredor cerrada; circunstancia que notada por Emirene, fué suficiente para que se incomodase con él una noche después de venir de la ópera, estando tomando el té, como acostumbraban antes de acostarse; y tuviesen un fiero debate que duró cinco minutos y tres segundos, concluyendo por tratarle ella de café, incivil y poco cuidadoso de su muger, negarle otra taza de té que don Juan le pedía, diciéndole que veneno era lo que debía tomar, tirándole á la cara al mismo tiempo con mucha monada pedacitos de bizcocho, hasta que trasperado el buen hombre, sin poder ya contenerse, se levantó... la abrazó y se la llevó riendo al dormitorio, no le pudo averiguar á punto fijo con qué objeto, aunque es de suponer, visto lo avanzado de la hora, que sería para darle las buenas noches y descansar un sueño tranquilo y sosegado.

Estos ligeros detalles manifestarán al lector la causa que impulsó á Emirene á escoger aquel parage para la cita, y no extrañará ahora la facilidad con que accedió al ruego de su amante, vista la inmunidad del lugar y la certidumbre de que allí nadie habia de ir á sorprenderlos.

Si sus cálculos eran ó no exactos lo sabrá el que tenga la paciencia de leer el capítulo siguiente que trataré de abreviar cuanto pueda, á pesar que premia tela cortada para dos tomos.

CAPITULO IV.

¡Cast, cast!

Luego que el marqués hubo examinado una tras otra las cortinas de las vidrieras que estaban cerradas antes de venir él, así como los intersticios que mediaban entre la pared y los armarios de los libros: luego que levantó la carpeta y vió que no habia nadie ni debajo de la mesa ni debajo del sofá, bajó la escalera, estuvo un momento en acecho para cerciorarse que nadie le observaba, y convencido de que era vano su temor, echó el pasador á la puerta.

En seguida volvió á subir al gabinete, abrió la que comunicaba con el corredor dejándola entornada por su venia Emirene, cogió la palmatoria y se dirigió al mirador, resuelto á verificar el mismo escrupuloso examen.

En su larga carrera erótica, le habian pasado tantas muy criticas y apurados, cómicos y trágicos, por falta de prevision; quedando tan escarmentado que no iba á ninguna aventura sin proveerse antes de un par de pistolas de bolsillo ó de un puñal; y no se entretizaba al único Dios en que creía, valiéndose de una de sus frases favoritas, sin reconocer antes muy detenidamente y minuciosamente línea á línea, y losa á losa, la localidad en que se encontraba.

Nada halló en el mirador: pero como aquella altura dominaba toda la casa, quedóse de atalaya contandole los segundos que pasaban por las rápidas pulsaciones de su pecho.

Después de una hora que le pareció un siglo de angustia e indecision, preguntándose á cada momento: ¿vendrá?... ¡sí!... ¡no!... echando de cuando en cuando un terno y una maldición á todas las mugeres en general y en particular á la que causaba su agonía, prometiendo en justa compensacion ser inexorable con ella y tratarla á lo sultan, como si dijéramos á lo *mashorquero* (1) ó latro-faccioso, apareció ella por fin, empujando delante de sí un mundo de delicias ó ilusion.

Irresoluto y dudoso todavía como el jugador de lotería cuando pobre y sin esperanza ya, se vé de repente dueño de un millonazo por ejemplo, y contempla con faz desentajada y anhelosa el billete que tiene en las manos, sin atreverse á dar crédito á sus propios ojos, así quedó él al ver á Emirene aparecer en el umbral de la puerta del corredor... y rápido como su deseo, lanzóse á recibirla, salvando los escalones de cuatro en cuatro.

¡Hay momentos vive Dios!
En que asesina el placer (1)

Figurábase ya que la tenia en sus brazos: creía que habia sonado ya la hora de su triunfo; y dominado por esta idea, refluía la sangre al corazon con violencia, latante y dilatábanse las arterias de su frente, como si un lazo escurridizo le oprimiese la garganta, y sentía aquella ardiente inquietud, aquel dulce desfallecimiento, aquella «ansia febril» é impetuosa, que se apoderan de un enamorado, cuando cree percibir en la oscuridad el roce del vestido de su amante.

A pesar de su maestría, no pudo el marqués en esta ocasion ocultar del todo la profunda emocion que le agitaba. La naturaleza era superior á su voluntad, y sin mirarle al rostro, conoció Emirene, apenas tocó la mano que él la ofrecía para entrar, la situación violenta en que se encontraba. Atribuyóla empero á la incertidumbre y á la angustia que suponía habia pasado esperándola, y se dirigió sin recelo al gabinete.

El marqués cerró la puerta y dió dos vueltas á la llave.

Al ruido que hacia esta, volviéndose Emirene azorada, y le preguntó que significaba aquello.

—Nada, señora, contestó él friamente, significa solo que echo la llave porque así conviene.

—¡Eduardo!—gritó la esposa de don Juan trémulos los labios, dando diente con diente y húmedos los ojos de cólera, pero chispeando sus negras pupilas fijas en él; ¡Eduardo! advino vuestra intencion... ¿queréis abusar de mi debilidad!

—Todo menos que eso, señora: espero convencerlos....

—¡No en vano desconfiaba!... pero os prevengo, señor mio, que os engabais miserablemente: si dais un paso mas hácia mí, me estrello contra las losas del patio!

Apenas oyó el ruido de la cerradura, habiase ella ido acercando cautelosamente á uno de los balcones, y no bien concluyó la postrera frase, le abrió y se apoyó con las dos manos en la baranda, resuelta á morir antes que ver profanada su belleza por aquel sátiro.

Aturdido el marqués por la energía de sus palabras y la velocidad de sus movimientos, confundido por aquel rasgo inesperado de abnegacion sublime, y cierto de que en su acaloramiento, era capaz de darse la muerte antes que ceder á la violencia, quedóse por algunos minutos clavado en el mismo sitio, inmóvil como una estatua, entreabierta la boca, estúpida la mirada, trabada la lengua, y tembloroso y confuso como un reo en la presencia de su juez.

La terrible emocion que sentía, era no obstante demasiado violenta para que pudiese durar mucho; y la misma desesperacion de ver que se le escapaba su presa de entre las manos, cuando la creía mas segura, arrojó un rayo de luz en su turbado espíritu, volviéndole toda su astucia y sangre fria. Desapareció el amante y quedó solo el hombre, ó mas bien, el lúbrico libertino, tanto mas ansioso de triunfar, cuanto mayores eran los obstáculos que se oponían á la realizacion de sus torpes deseos. Calló el corazon, y reflexionó la cabeza, siempre diestra y fecunda en recursos, cuando el primero no la ofusca y enloquece.

—¡Oh! ¡Emirene! ¡Emirene! exclamó después de una ligera pausa, abriendo la puerta, tirando la llave á sus pies, retrocediendo al extremo opuesto del gabinete, y alejándose de ella cuanto el local permitía, para inspirarle mas confianza; ¡Emirene! os habeis equivocado.... ¡Ah! ¡por Dios! cerrad ese balcon.... mirad que os perdeis.... os puede ver alguno....

Y cayó de rodillas tendiendo las manos juntas hácia ella, vertiendo hipócritas lágrimas, y añadiendo con desesperado acento:

—Perdonadme si os he ofendido involuntariamente, ¡perdonadme! os juro por mi honor, por lo mas sagrado que haya que ni con el pensamiento abrigué jamás el torpe anhelo que sin motivo habeis sospechado en mí.... ¡Señora! ¡señora! marchaos si os agrada.... ya veis que os dejo libre el paso.... marchaos antes que desgarrarme de un modo tan inícuo el corazon! ¡Marchaos!... ¡Preferiria la muerte á que me creyéis tan infame!

No la habia engañado su pudoroso instinto, no, pero Emirene no era perversa ni conocia al vil seductor bastante para apreciar sus palabras en lo que valian. Sus protestas, y sobre todo, el mero hecho de abrir la puerta, dejarla franco el paso, y provocarla á que se fuese antes que dudar de su lealtad, si no dispuso alguna duda que aun sentía sin poder explicarse el por qué, la tranquilizó lo suficiente para cerrar el balcon sin echar los pasadores, cambiar velozmente de posicion, quedando cerca de la puerta abierta, y suplicarle que se levantase y tomase asiento á una regular distancia, permaneciendo ella de pie apoyada en uno de los

bordes del sofá, al parecer pronta á huir, al menor amago que indicase un cambio de ideas, ó arrepentimiento de su arrepentimiento en el dolorido y amarrotado galan.

Observaba él en silencio con resignacion estoica todos sus movimientos, maldiciendo en secreto y admirando interiormente la prevision de la bella temerosa, y cuando la vió libre de toda congoja y confiada en su inespugnable posicion, dispuesta á escucharle, se puso en pie con mucha calma, soltando una carcajada estrepitosa.

—¿Se ha vuelto loco? se preguntó Emirene no sabiendo á que atribuir aquella risa sardónica é inoportuna: y como Tedarra continuase mirándola con ojos centelleantes, ora amenazadores, ora despreciativos, acabó de confirmarse en su primer idea, y compadeciéndole y empezando á temerle de nuevo, en ademán de irse, le dijo con un tono afectuoso en que vibraba á la vez la compasion, el temor y la curiosidad:

—Caballero, os escucho.... podéis decir lo que deseáis.... pero os suplico que seais breve, porque no puedo demorarme aquí mucho tiempo.

—Voy á complaceros, señora, y seré lacónico, puesto que teneis tanta prisa. ¿Reis á la cita?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no puedo.

—¿Reis mañana á otro día?

—¡Nunca!

Al oír la palabra *nunca*, el marqués se puso pálido de ira, rechinaron sus dientes, y su semblante tomó una expresion siniestra, como si adoptase una resolucion desesperada y quisiera jugar el todo por el todo. Volvió á hacer la misma pregunta dos veces mas, y recibiendo siempre la misma respuesta, el mismo fatal *nunca*, á la tercera dijo con afectada serenidad:

—Está bien: ahora escuchadme diez minutos.

Yo os he amado, señora, como no ha sido amada muger alguna. Os consagré mi vida, y no tenia mas pensamiento, mas aspiracion ni deseo, que merecer algun día vuestra confianza. No hubiera retrocedido ante sacrificio alguno para conseguirla. Vos sabeis si mis sentimientos, si las repetidas pruebas de amor que os he dado sin cesar eran falsas. Mientras abrigaba la dulce esperanza de ablandar al fin vuestro pecho, he sido tierno y sumiso amante, noble y leal caballero: ahora que para siempre habeis muerto la esperanza en mi corazon, ahora que habeis levantado para mí la losa del sepulcro, cerrádome las puertas del porvenir, y abiertome las del infierno con ese horrible *nunca!* que os he hecho pronunciar tres veces para que no me quedase duda alguna acerca de mi desgracia, soy otro hombre, señora! soy un amante despreciado y celoso, soy un infame y desleal caballero, que solo anhela vengarse de la ingrata que pagó tan mal su cariño, vengarse, si, vengarse sin detenerse en los medios, por mas viles é inícuos que sean, con tal que consiga su objeto!

—¡Oh! eso no es posible, Eduardo, os burlais!... Ah! por favor decidme que no hablais de veras, replicó Emirene aterrada por el acento solemne y las miradas de su amante.

—Hablo muy de veras, señora, respondió él estallando. ¡Qué! ¿creisteis voluble coqueta, sin corazon y sin alma, que yo era uno de esos miserables arlequines á quienes se atrae con una mirada y se arroja con una palabra de desprecio, con la misma indiferencia que un vestido que no es de moda? ¿Creisteis que yo podria entregaros toda mi existencia por un soplo efímero, por una promesa de felicidad? ¿Creisteis, muger imbécil, que yo podria amaros ó aborreceros con tibieza, como un hombre vulgar? os equivocasteis, señora; yo quiero, yo amo, yo adoro con idolatria, con frenesí, y aborrezco, detesto, abomino del mismo modo. Hace media hora hubiera dado sin vacilar toda mi sangre por una sonrisa vuestra; ahora daría mi eternidad ¿lo entendéis? señora, toda una eternidad de privaciones y dolores, por veros humillada, escarnecida y deshonrada, llorando sobre el cadáver del caduco imbécil á quien me sacrificais....

—¡Tened piedad de mí, Dios mio! murmuró Emirene en voz baja, trasluciendo su execrable proyecto.

—Sabed que ya no me voy de Lima, y sabed que esta noche empieza mi venganza.

Emirene quiso hablar y no pudo, la voz se le anudó en la garganta. El marqués sacó el reloj, vió la hora, y añadió:

—Son las ocho: de aquí me voy á mi casa en derecha, recojo vuestras cartas y hago de modo que antes de una hora, junto con vuestro retrato y la llave de este pabellon, estén en poder de vuestro esposo sin que yo se las dé.

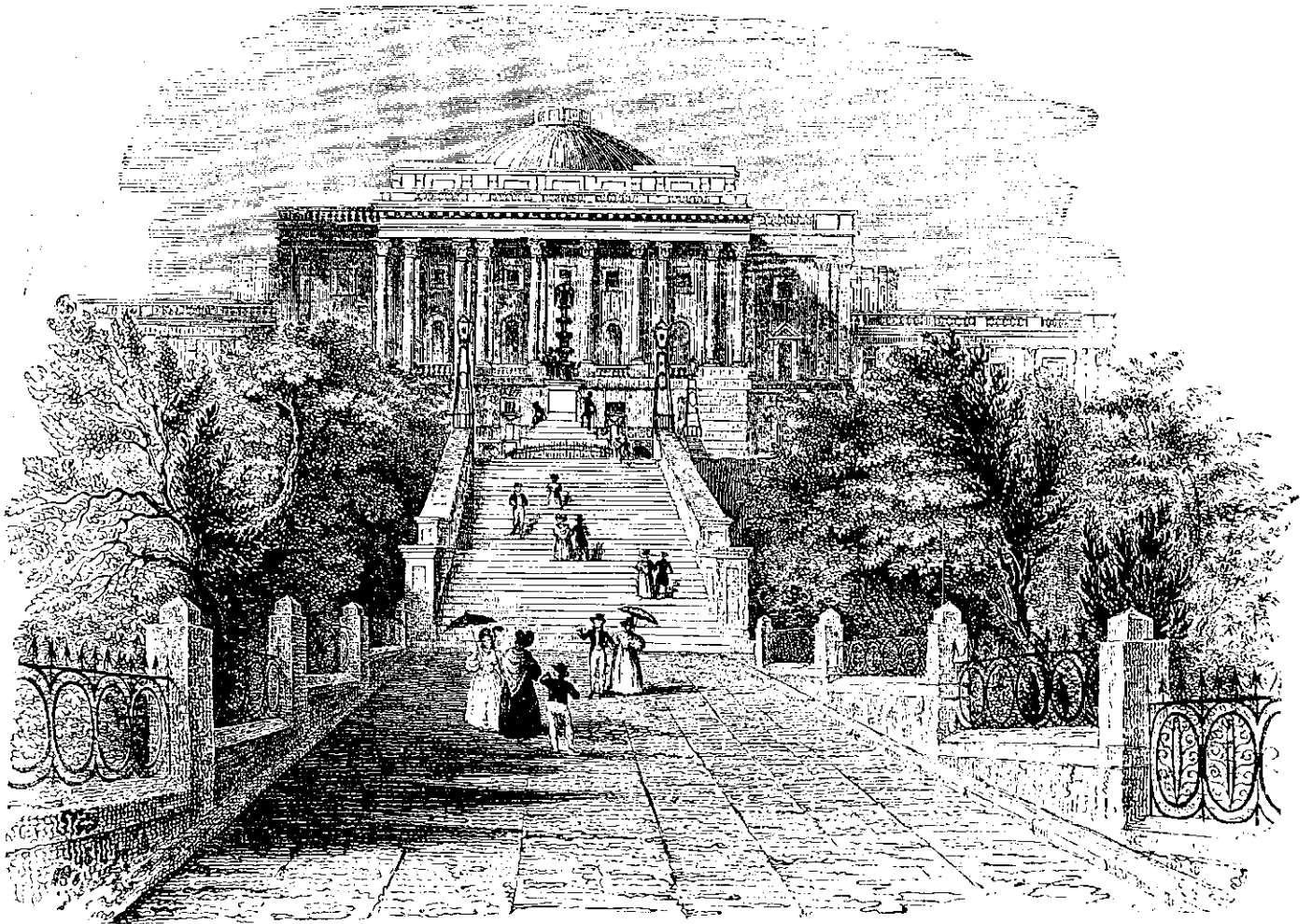
—¿Y seréis tan vil, tan infame, abusareis de ese modo de la confianza é inesperienza de una pobre muger cuyo único delito es haberos escuchado, porque os creia un hombre de honor, un verdadero caballero, digno del ilustre nombre que llevais?

—Ya os he dicho, respondió el marqués con insultante ironía, que ahora no soy mas que un infame y desleal caballero que solo anhela vengarse; por lo tanto, tendré mucho cuidado de escoger aquellas cartas que admitan diversas interpretaciones, por lo vago y general de sus frases, y de eliminar las que den á entender que vuestras relaciones no han pasado del estado que aconsejaba Platon para la perfecta idealizacion de los afectos terrenales.

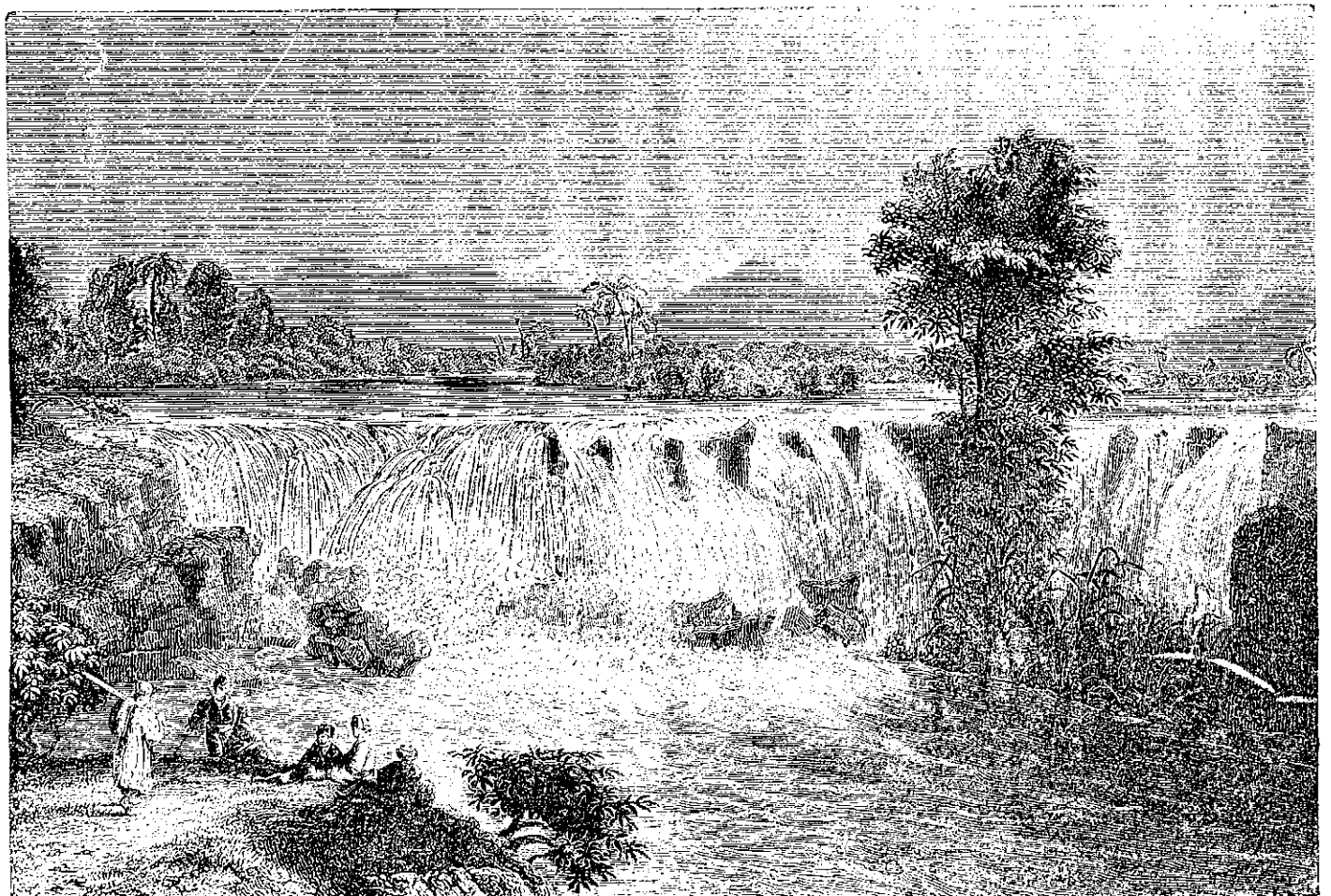
—¿Pero vos queréis hacerme perder la estimacion de mi marido?

1) Respetable corporacion formada bajo la advocacion y el patrocinio de don Juan Manuel Rosas, y compuesta de sujetos tan amables (la hez y pillería de Buenos-Aires) que la menor de sus hazañas con el bello sexo de opinion contraria, ha sido cortar las trenzas, pegarle con breca hirviendo moños de grana colorada en la cabeza, azotarle con nervios de toro en sus casas, en las calles, y hasta al salir de los templos; y otras cosas que no conviene referir.

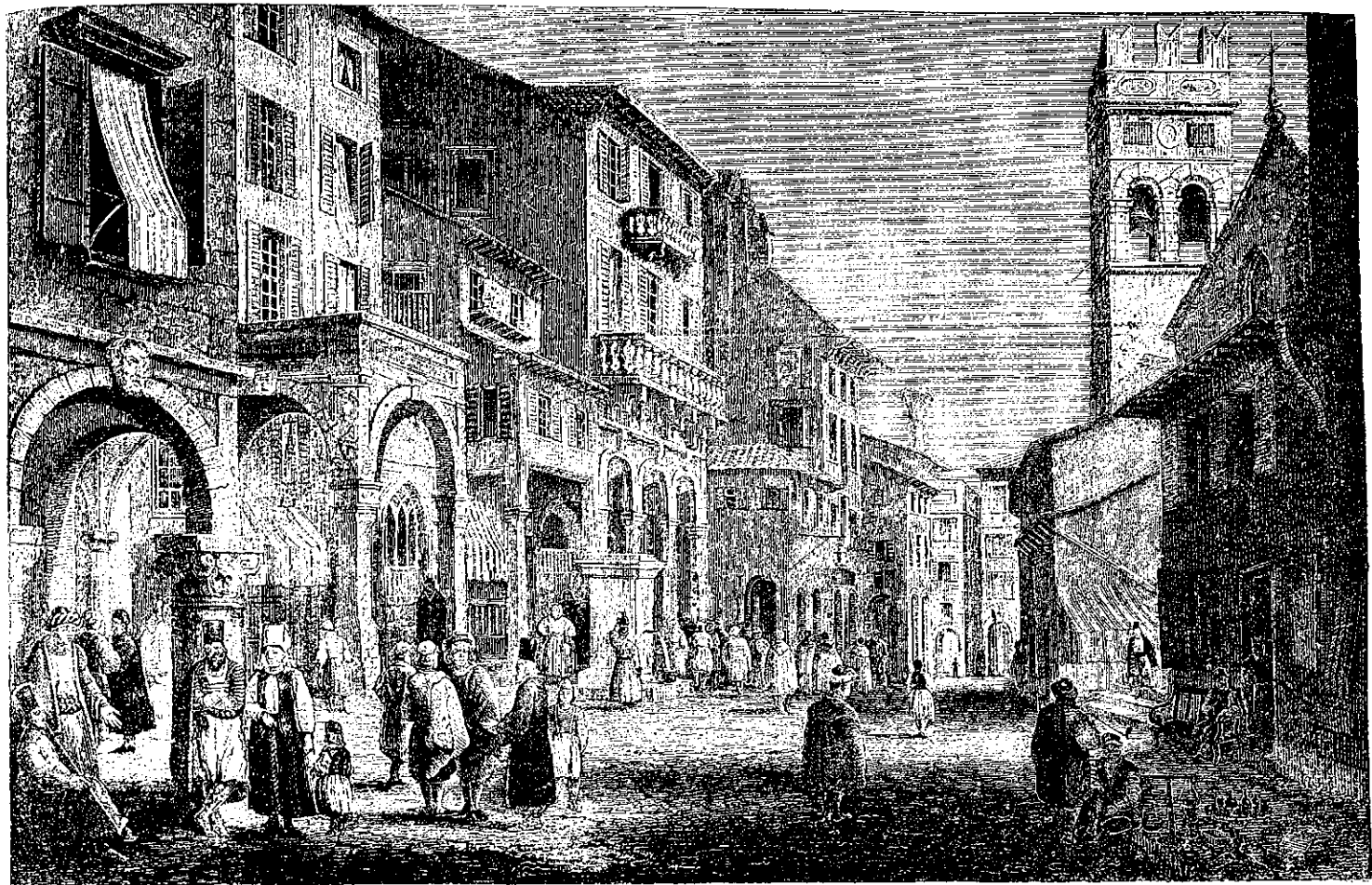
VISTAS Y PAISAJES ESTRANGEROS.



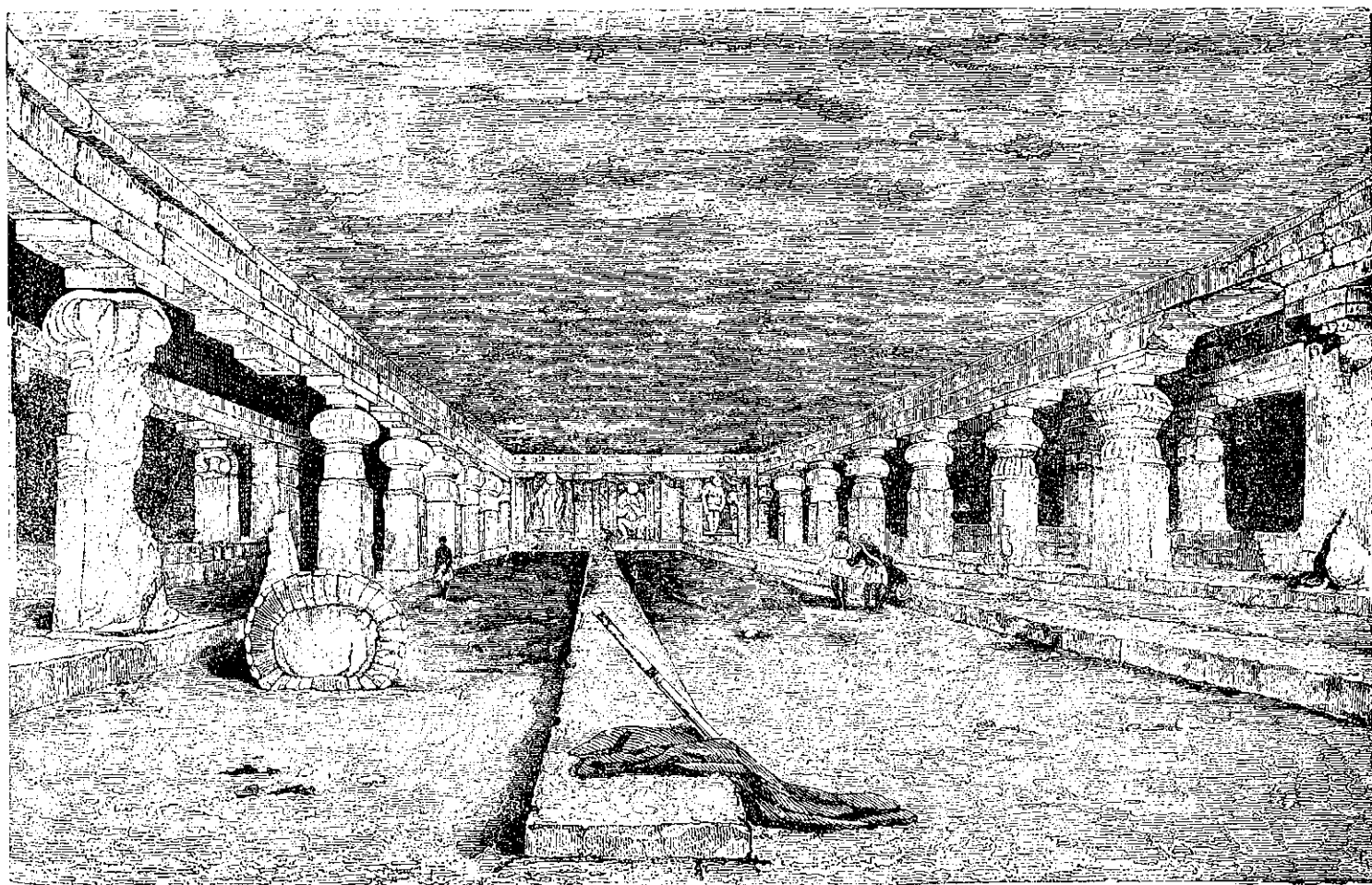
Estados-Unidos.—El capitolio Washington.



Tarsis.—Cidno.



Calle real de Corfú.



Templo subterráneo de Elora.

—¿Y huiste por la puertecilla secreta cuando yo me acerqué?
 —Sí, mi señor.
 —¡Ah! tenía razón Emirene, repuso Tedarra con acento de mal disfrazada ira: ¿y quién te dió la llave?
 —Nadie: yo la tomé del escritorio de mi amo sin que él lo sepa.
 —Yuca, añadió su interlocutor, empezando á sospechar que era víctima de algun complot, parecido á los que él acostumbraba fraguar; contéstame sin rodeos, descúbreme la verdad, responde francamente á todas mis preguntas, y te prometo, te juro por mi honor que te daré lo que me pidas. En prueba aquí tengo unas cuantas onzas, que pienso regalarte si me sirves con lealtad.
 Sacó el marqués un bonito bolsillo que contenía unas cuarenta medallas, y como si tratase de contarlas, lo derramó sobre la mesa para excitar la avaricia de su cofrade.
 El astuto negro aparentó devorar con los ojos el oro con que se intentaba corromper su fidelidad, y hasta extendió la mano para tomarlo: pero su dueño le insinuó que aun no lo había ganado.
 —Pregunte V. E., contestó Yuca, devolviéndole el puñal y sin apartar la vista del dinero: pregunte V. E., que estoy impaciente por probarle mi adhesión.
 —¡Don Juan no sabe nada de mis relaciones con Emirene?
 —No, mi señor.
 —¿De veras?
 —Por esta cruz bendita! é hizo Yuca la señal de la cruz y la besó, sin acordarse que cometía un sacrilegio.
 —¿Te ha encargado tu amo que la espies?
 —No, mi señor.
 —Entonces, ¿por qué nos acechas? ¿Qué objeto te propones?
 —Quiero vengarme de mi ama, respondió el negro con acento feroz, ¡quiero ser libre!
 —¿Y qué te ha hecho Emirene?
 —Os lo diré, continuó Yuca bajando la voz y mirando en torno de sí con recelosa desconfianza; mas... si me hacéis traición, yo me vengaré descubriendo vuestros amores á mi amo.
 —Habla sin recelo, hombre, ¿no conoces que en este asunto, yo tengo doble interés que tú en callar?
 —¿No recordais lo que pasó hace seis meses con Lola?
 —Sí, ¡aquella negrilla que tenía Emirene, y que la vendieron porque apareció en cinta de la noche á la mañana, y no quiso descubrir quién era el padre de su hijo?
 —La misma, dijo Yuca, exaltándose por grados y haciendo gestos y ademanes de cólera para cohonestar el solemne embuste con que iba á enganar al engañador por esclavitud: yo era su amante.... Si, esa desgraciada debió ser mi mujer.... pero ella se obstinó en callar, y yo sabía que mi declaración aislada de nada serviría.... Luego, si he de hablaros con franqueza, la idea de que me vendiesen y pasar al dominio de otro amo, tal vez perverso y malo como tantos, me horrorizaba.... Traté sin embargo, de interceder con mis compañeros por la pobre Lola; pero don Juan ni aun quiso oírnos, estaba ya prevenido por mi ama y fue implacable. Lleváronse á Lola al hospital, y apenas salió de su cuidado, jira de Dios! ¡la vendieron al primero que se presentó!....
 —Yuca, dijo el marqués conmovido por el profundo dolor que aparentaba el negro, estás equivocado. Emirene intercedió por esa infeliz, y hasta suavizó su suerte mandándola en secreto al hospicio ropa para su hijo y algun dinero. Don Juan fué el que se mantuvo inflexible. Puedes creerme, porque yo mismo fui encargado por tu ama para dar á Lola 50 pesos que le entregue en el patio del hospital, delante del administrador, de quien puedes informarte si gastas.
 Como he insinuado antes, Emirene, cuyo buen corazón jamás se desmentía, había en efecto suplicado á don Juan que perdonase á la desgraciada esclava, pero él le volvió la espalda con mal ceño, y dió orden al mayordomo que la condujese al hospital y la vendiese, no bien saliera del parto.
 Emirene volvió á insistir; pero su esposa la hizo comprender en breves palabras, y con una cara que manifestaba lo poco que le agradaba semejante debate, que la moralidad de los demás sirvientes y las circunstancias agravantes del hecho exigían una reparación y un castigo correspondientes á la enormidad de la falta; y que haría, por respetos á ella, en no mandarle dar una paliza, apenas estuviese en estado de soportarla, para que no fuese hipócrita, taimada y desagradecida.
 En la rigidez de principios de don Juan no cabía la indulgencia para cierta clase de faltas, cuando á ellas se unía el orgullo y la terquedad por parte del criminal. Acaso un sincero arrepentimiento y la confesión espontánea del delito, hecha á tiempo, le desarmaban, y sin desviarle de lo que tenía dispuesto, le habilitaban para dar rienda suelta á sus generosos impulsos bajo la capa de la justicia y de la conmiseración, sin pasar por débil ni tolerante en concepto de los malos, que era lo que mas le desazonaba.
 Castigaba con la mayor severidad el libertinaje entre sus esclavos, porque no solo les concedía siempre su permiso para casarse, si que tambien les facilitaba los medios para hacerlo, les regalaba, y todos los años el día de su natalicio, tanto en la ciudad como en el campo, declaraba libre al matrimonio que, por

su buena conducta y laboriosidad, se había hecho acreedor á semejante merced.
 Esto explica su insólita resistencia á las súplicas de su esposa. Fenómeno extraordinario, que para realizarse necesitaba una causa tan poderosa como la espuesta.
 Bien convencido estaba Yuca de que no había sido Emirene, sino don Juan, quien se mostró inexorable con Lola; y sabía mejor que el marqués, los beneficios que la dispensara su ama; pero conveniale para su plan urdir una fábula que deslumbrase al de Araure, y tuviese todas las apariencias y visos imaginables de verdad. Conveniale ante todo, justificar el supuesto odio que abrigaba contra Emirene; y como una consecuencia necesaria, el deseo de vengarse. Conveniale mostrarse dominado por una idea interesada y egoísta, siquiera estuviese semi-dignificada por el fin que se proponía: alcanzar su libertad. Conveniale ademas, aparecer, como obrando de motu-propio, con gran sigilo, sin mas móvil que su voluntad, sin mas confidente que sus agravios. Y conveniale, en fin, infundir confianza hasta la médula de los huesos á su titulado protector, para desorientarle, aturdirle y embaucarle con mas destreza que un prestidigitador á un público ilustrado, harto de ver espectáculos semejantes y prevenido contra él.
 Sabía Yuca que la menor torpeza por su parte bastaba para que se pusiese en guardia, y sospechando que era víctima de alguna farsa, preparase una contrafarsa, y como tantas veces, en vez de ser víctima fuese verdugo de quien pretendió burlarle.
 Felizmente para bien de los necios y de los que no lo son, sucede con demasiada frecuencia, que los hombres mas suspicaces tienen sus ratos de estupidez que el pensamiento se les vuelve mas obtuso que el olfato á los peces, en quienes este sentido es absolutamente nulo, al decir de los naturalistas.
 El marqués cayó como un topo en el lazo que le tendía el esclavo: acaso por que le parecía imposible que bajo aquellas facciones toscas y atezadas, se abrigase un noble corazón y una robusta inteligencia, y porque no era en verdad creíble que un miserable esclavo, agobiado bajo el peso de su cadena y acostumbrado á doblar la rodilla ante el blanco mas despreciable, tuviese la audacia de pretender enganarle y moñarse de todo un excelentísimo señor marqués.
 El vivo interés que se tomaba por su desgracia, llenó, pues, de íntima satisfacción á Yuca, que conoció habia surtido su ardid el efecto que esperaba, abriéndole ancho campo para llevarlo adelante. Así fué que en vez de manifestarse consolado, y creer lo que le decía acerca de las bondades de Emirene para con Lola, aprovechó hábilmente esta ocasion para desatarse en improperios contra su ama, y calumniándola aumentar de este modo los celos y la ira del marqués.
 —No crea V. E. mi señor, añadió, que en su empedernido corazón se abriga ninguna sentimiento generoso. Si hace algun beneficio es por ostentacion y para que se diga que es buena y caritativa; pero en realidad, su único objeto es enganar á los que no la conocen. ¡Oh! es la mujer mas alevé, mas engañadora y mas falsa que existe!....
 —En eso no vas desacertado, murmuró el de Araure entre dientes.
 —¿Querrá V. E. creer, continuó Yuca con fingida naturalidad y risible aire de indignacion; querrá V. E. creer que, amándola tanto mi buen amo, desviviéndose por complacerla, cuenta ya con V. E. cuatro amantes, en el corto espacio de dos años que lleva de casada?....
 —¿Qué dices? preguntó furioso Tedarra con voz convulsa, clavando en el negro una mirada fulminea y amenazadora.
 —Digo y repito, contestó Yuca sin inmutarse, que ha tenido ya cuatro amantes secretos, conocidos de todos los criados de la casa, y que todos á escepcion de uno, han entrado despues de media noche en este mismo sitio donde acostumbraba citarlos.
 —¿Su nombre!... ¡Su nombre!!!... gritó el marqués ahogado de rabia.
 —1.º El virey; 2.º el conde de Abancay; 3.º don Carlos de Alzaiibar, el poeta.... ese que compone tan lindas décimas; y 4.º V. E.
 A medida que iba pronunciando Yuca el nombre de sus rivales, la sangre se le subía al marqués á la cabeza, y su rostro se coloreaba como iluminado por una luz infernal: la hiel de la cavidad y de los celos abrasábase las entrañas, y dilatábase su pecho como si se agitase dentro un enjambre de escorpiones voraces.
 El astuto siervo había tenido la habilidad de escoger las tres personas que concurrían con mas frecuencia á casa de don Juan, y á las que Emirene demostraba mas amabilidad por razones muy fáciles de comprender. Al virey por vanidad; al conde de Abancay por la amistad que la unía á su esposa; y al poeta, por simpatías de afinidad artística y por la soberbia estocada que llevó en su defensa: pero aunque los tres no se apartaban de la regla general en cuanto á echarla flores y requiebros, ninguno tuvo bastante presuncion para creerse capaz de merecer algo mas que una sincera y amistosa correspondencia.
 Los dos primeros eran veteranos, y el tercero tan encogido, que, como él mismo decía, le daba fiebre cuando la veía; lo que equivalía á confesar que se quedaba atontecido, deslumbrado y atónito en su presencia, como un buho á la fulgurante claridad del sol.

La generalidad que se pára en la superficie y nunca en el fondo de las cosas. creía sin embargo que alimentaban pretensiones y tal vez fundadas esperanzas. La maledicencia no vacilaba en afirmar que si el virey no era su amante, era porque no se le antojaba: pues Emirene, al decir de algunas de sus oficiosas y benévolas (con el prójimo) amigas, se volvía de caramelo y perdía los cinco sentidos cuando S. E. la sacaba á bailar.
 No es extraño por lo tanto, que estos tres nombres hicieran una impresion tan súbita, tan penosa y profunda en el marqués, ni que se encolerizase y perdiese la razon hasta el extremo de desahogarse, diciendo á voces, mientras se pascaba precipitadamente de una pared á otra:
 —¡Infame!... ¡traidora!... ¡me ha engañado como á un chiquillo!... ¡a mi que estoy harto de enganar!... ¡a mi que me precio de experimentado y conocedor de las mugeres! ¡Soy un imbécil! ha tenido ya tres amantes, que todos... ¡y yo que la trataba con tanto respeto y miramientos, haciéndole el amor como un estudiante de quince años!... ¡Voto al diablo! ¿cómo se habrá reído la muy... alevé. ¡Oh! ¡juro que me las ha de pagar todas juntas esta misma noche, ó mañana tendrá abundante material la crónica escandalosa de Lima!
 Y volviéndose á Yuca que seguía todos sus movimientos con encubierta alegría, dijole sin poder contenerse:
 —¡Por tí, bruto, salvaje, estúpido, me pasa esto!... Tú tienes la culpa, animal, de no estar ya vengado. ¿Por qué te apareciste cuando debias haberte hecho el muerto?....
 —Fué tan fuerte y doloroso el grito que lanzó mi ama, repuso el negro-abriendo los ojos como asustado, y enseñando la doble fila de su blanca dentadura al través de sus rojizos labios, que yo creí que V. E. la mataba, y como me interesa que viva....
 —El demonio que te entienda, no hace mucho asegurabas, que todo tu anhelo era vengarte.
 —Si, mi señor; pero al mismo tiempo deseo ser libre y libertar á mi Lola. Mi plan era acumular pruebas, sorprender á la señora, si era posible, con el contrabando en la mano, y cuando estuviese seguro de causar su ruina con una palabra, decirselo y amenazarla con descubrir su secreto á mi amo, si no me daba la cantidad que necesitaba.... y estoy cierto que me la dará, ¡oh! me la dará cuanto antes.... pero despues que me la entregue y sea yo libre.... ella sabrá quien es Yuca y si Yuca olvida ni perdona un agravio!
 El plan no podía estar mejor combinado; plan propio de un esclavo, que en su misma nulidad é impotencia, envilecido por el crimen ageno, trata de rehabilitarse y recobrar su existencia de hombre, valiéndose del crimen cometido por otros. Traslucíase en él hasta el espíritu diabólico de su raza; aquella sed inextinguible de venganza que anima á los negros que han sido cruelmente vejados, y que los hace implacables cuando se les presenta la ocasion de satisfacer su encono: espíritu que les presta valor para emplear por años enteros con una paciencia y tenacidad admirables, el disimulo y la astucia, día á día, hora á hora, minuto á minuto, hasta conseguir el fin que se han propuesto.
 Quedó el marqués deslumbrado con la rápida espersion de Yuca, y le miró fijamente como buscando en su fisonomía la lógica y fuerza de raciocinio que revelaba en sus ideas; pero el rostro del negro era una máscara de ébano impenetrable, y las miradas de Tedarra se embotaron en el reluciente barniz que la cubría.
 Todos sus recelos se desvanecieron, y se abandonó ciegamente á la confianza que le inspiraba.
 Resolvióse en consecuencia, á utilizar sus servicios sin demora, y á valerse de él, como de un instrumento adecuado para cualquier uso á que se le destinase, casi seguro que con tan poderoso aliado, la victoria, un momento indecisa en la obscuridad, volvería á reconocer á su favorito al resplandor de las antorchas, ó á la luz del nuevo día.
 —Tu plan, Yuca, es muy bueno, respondió, pero por ahora necesito variarle. Corre de mi cuenta tu libertad y la de Lola. Ahí tienes ese dinero, ya es tuyo: mañana temprano pásate por casa y te daré lo que falte para completar la cantidad que necesitas.
 —¿Sereis tan generoso? exclamó él, cogiendo ávidamente el bolsillo que le presentaba el marqués, y llenándole á toda prisa con las monedas desparramadas sobre la mesa: ¡ah! pedirme la vida, señor, que estoy pronto á dárosela en pago de vuestra bondad!
 —No necesito tu vida, sino tus servicios: hasta que yo te prevenga seguirás como hasta aquí; que nadie trasluzca nuestro secreto: forja una mentira para encubrir tu herida.... di que te has dislocado un brazo ú otro cualquier embuste.
 —¡Qué! señor, sino es mas que un pinchazo insignificante; con un poco de bálsamo que me ponga esta noche, mañana estoy curado.
 —Te encargo sobre todo la reserva con Emirene: que no desconfíe que hay convivencia entre los dos, y mucho menos que eras tú el que estaba debajo del sofá.
 —Descansad en mí. Dejaré de espiarla por algunos días, si os parece.
 —Si: pues si ella lo echase de ver, creeria que estas comisionado por su marido y me costaría doble trabajo persuadirla. Ahora es preciso que vayas, veas donde está, y con gran reserva aproveches la primera

coyuntura que se le presente de hablarla sin que lo noten, y la digas de mi parte que venga si quiere salvar la vida de don Juan: que la espero aquí hasta las nueve, y que pasada esa hora será inexorable. No olvides prevenirle que me has encontrado en el segundo patio, sin sombrero, y hablando solo como un loco. Espero la respuesta: no tardes.

Salió Yuca y el marqués se dejó caer en el sofá, poniéndose á meditar en tanto que volvía.

CAPITULO VI.

Quien espera desespera (1).

Renacieron las dudas del marqués, al sentir los últimos pasos de Yuca perderse en el corredor. Sus celos adormecidos en el calor de la conversacion, despertáronse terribles y punzadores, al encontrarse solo frente á frente con sus recuerdos. Recapituló una á una las estrañas revelaciones del esclavo, y por una serie de silogismos muy humillantes para su amor propio, dedujo lógicamente que habia sido engañado como un niño. Luego figurábase en su mente la felicidad que suponía habian gozado sus rivales, y al paso que se aniquilaba su primera halagüeña ilusion, y no encontraba en el diccionario de la maledicencia voces bastante duras y obscenas para calificar la conducta de Emirene, sentía aumentarse el ansia de poseerla y de juzgar por sí mismo, si era digna en efecto, de ser tan codiciada por todos. Estrañas anomalías del corazon humano que nos demuestran claramente la insuficiencia de la voluntad, en tantas situaciones, en las que hace el hombre lo contrario de lo que quisiera, y conociendo el mal, deseando tal vez sinceramente atejarse de él, encuentra dentro de sí mismo una fuerza irresistible que le empuja en direccion opuesta y le obliga á obrar contra sus deseos con plena conciencia, y lo que es mas, arrepentido á veces de su extravío antes de cometerle.

Tocante al enojo del marqués, en la suposicion que él creía ciertas las patrañas de Yuca, fuerza nos será convenir, á despecho de algunas de nuestras bondadosas lectoras, que acaso tomen á mal defienda el proceder tan poco galante del de Araure, fuerza nos será convenir, repito, que le sobran razones para bramar con mas furia que un toro salvaje, al sentir en las astas el lazo por vez primera, y rodar entre una nube de polvo, al vigoroso empuje del corcel dirigido por un diestro gaucho.

Tengan muy presente, las que no me crean sobre mi palabra, por si les llega el caso de poder aplicar la teoria que voy á esponer, teugan muy presente y no olviden que jamás los hombres perdonan que se les engañe en ciertas materias, de suyo harto vidriosas y transparentes, para que yo, pobre ignorante bobalicon, me empeñe en profundizarlas.

La muger que hace formar una alta idea de su virtud al hombre que la solicita, y aceptando su amor ó fingiendo corresponder á él, le confiesa y le llega á persuadir que no cede á sus ruegos porque no quiere ni puede faltar á sus principios, cuando los quebranta ó los ha quebrantado antes mas veces de las que permite la buena crianza, ó de las que cambia de matiz un digno representante de la nacion, hambriento de turron, que se le escapa de entre los labios al ir á hincarle el diente, por caer al mismo tiempo el ministerio que se lo otorgaba; esa muger, apenas su amante descubre la verdad, pierde á sus ojos la aureola de pudor que la embellecía, el perfume de castidad y pureza que la seguía á todas partes, el prestigio de su inocencia, que era una invisible coraza en la que se embotaban hasta los pensamientos del que condenando sus desdenes en alta voz, la admiraba y absolvía en secreto, y se humillaba ante ella, como si fuese un ser superior que participase de la naturaleza y de los atributos de la Divinidad.

Y nada importa que el que la consagra su cariño, obrase con sinceridad ó arrastrado de un sentimiento puramente egoísta y mundano. Nada importa que el amante fuese un hombre corrompido, sin dedicadeza ni conciencia como el marqués, ó un candoroso doncel

Aun virgen á las primeras Impresiones del amor (2)

rendido, apasionado, noble, entusiasta, veraz como sus diez y siete primaveras; en los dos su perfidia produciría el mismo efecto, y sin disputa, la indignacion y el despecho serian mayores en el primero que en el segundo, por la sencilla razon de que los mas viciosos, los que tienen mas motivos para ser indulgentes y callar, son siempre los mas intolerantes, implacables y meticulosos.

Está probado que los desengaños nos afectan y hieren en razon directa de la dosis de amor propio que nos arrebatan; lo mismo que apreciamos las cosas por los sacrificios que nos cuestan. Y no hay duda que el amante que pone á rédito su paciencia y su tiempo (y á veces su bolsillo) sin omitir trabajo ni diligencia, para que los tres le rindan la utilidad que es consiguiente, y al cancelar sus cuentas se halla con que, mientras él no se atrevía á mirar á su adorado tormento con ojos parlosos y pedigueros, como decia un ex-poeta carbonero, mi compinche, ni á tomarle la mano, de miedo que le diese

de baja ó le espidiese pasaporte para la ciudad de Calabazas, con escala en ir por lana y volver trasquilado, otro prójimo se estasiaba contemplándola horas enteras, entrelazaba la una mano con la saya y rodeaba con la otra su cintura, reclinaba lánguidamente la cabeza en su seno....

Y es muy duro, muy doloroso en verdad considerar el tristísimo papel que hace uno entretanto, victima de su credulidad y de los inicuos artificios de una pérdida que acaso se burla con su cómplice de nosotros. ¡Dios Eterno! cuando.... ¡oh! mas vale no decirlo.

Estas consideraciones y otras semejantes cruzaban en torbellino por la frente del marqués, aumentando su cólera, como es de suponer, las circunstancias agravantes del hecho: pues, aunque reprobable, un solo galán podia en su concepto disimularse: pero tres en tan poco tiempo y en una edad tan temprana, era á sus ojos un escándalo inaudito y sin igual en los fastos de la crónica de la chismografía, y del libertinaje; escándalo que debia con fundamento llamar la atencion de los inteligentes en el ramo, y conquistar á Emirene un renombre imperecedero entre las adeptas de Mesalina.

¡Ah! si el amor de Tedarra hubiese sido una de aquellas pasiones sublimes y generosas, que no se sienten tal vez sino en los primeros y en los últimos años de la vida, cuando el hombre se ase al objeto de su cariño como el naufrago á la última tabla que debe salvarle, una voz secreta se habria levantado en su corazon para defender á Emirene y absolverla, á pesar de todas las apariencias y testigos que depusiesen contra ella. Mas no era amor lo que sentía.... era lujuria, y la lujuria, en vez de elevar al hombre del lodo en que se arrastra, le encenaga en él mas y mas. Su llama devoradora se nutre con lo mas grosero de la fria realidad. Vive únicamente de sensaciones y necesita continuo alimento para no apagarse. Para ella la pasion no es mas que un medio de llegar al placer, blanco y fin de todas sus aspiraciones. Y como es un instinto puramente animal, como degrada cuanto toca, no siente por la persona amada el respeto ni dedicadeza de sentimientos necesaria para juzgarla superior á la calumnia y rechazar todo lo que tienda á rebajarla y envilecerla. El amor verdadero, por el contrario, es generoso hasta la abnegacion; y necesita dudar primero que el sol alumbrá, necesita muchas pruebas sucesivas para creer culpable é indigno de su aprecio al ser que adora con toda la fuerza de su alma. Y esto explica la debilidad de muchos hombres y mugeres; que á pesar de ser engañados veinte veces, veinte veces acuden á los brazos del que pagó tan mal su cariño, apenas él quiere tomarse la molestia de pretender justificarse, ó simplemente de anudar sus rotas relaciones, echando un velo sobre el pasado.

Tambien el marqués, en la ceguedad de su delirio, hubiera aparentado de buena gana perdonar á Emirene, si ella quisiera prestarse voluntariamente á sus deseos, cada vez mas fogosos é indomables. Nunca ansió con tal vehemencia realizar una esperanza mas halagüeña. En mal hora tocaron sus atrevidos labios las suaves mejillas de la linda criolla, y respiró su aliento embriagador! ¡En mal hora su osada mano oprimió un momento sus delicadas formas, al través de la ligera gasa que las defendian!... Sus labios guardaron la impresion del beso robado, y sus nervios la dulcísima impulsión que los electrizó, al sacudir toda su máquina y sumergirle en un océano de felicidad la idea sola de que la tenía en sus brazos y que nadie podia arrebatársela su ventura. Momento de embriaguez, de arrebatado y enagenacion mental, cuyo indefinible encanto sienten y comprenden mejor que las débiles, las organizaciones vigorosas de cierto temple en las que predomina la fuerza bruta y la energía físico-nerviosa.

Acaso parecerá contradictorio á primera vista que un hombre de las ideas y antecedentes del marqués, tan favorecido por la fortuna, acostumbrado á triunfar siempre del bello sexo, gastado por los placeres y hastiado de aventuras de todo género, deseara con tanto ahinco y diese tanta importancia á la presente.

Basta, no obstante, recordar las circunstancias que concurrían en el objeto de su pasion salvaje, pues tal nombre merece el ciego frenesi que le arrastraba hacia la encantadora limeña, para comprender que su conducta era muy natural y estaba en perfecta armonía con sus principios.

¿Qué le faltaba á Emirene para cautivar el alma, conmover los sentidos, excitar el entusiasmo hasta el último punto, y lisongear el orgullo del feliz mortal que alcanzase sus favores?.... ¡Nada!

La sublime belleza de su angélica fisonomía; la gracia y flexibilidad de sus formas artísticas, que hubieran podido servir de modelo al cineel de Canova; su indisputable talento; su natural coqueteria no estudiada; la travesura de su ingenio; la bondad de su corazon; el espíritu de caridad ardiente que la animaba; la brillante posicion que ocupaba merced á las riquezas y relaciones de su marido; el lujo y esplendor régio de que hacia alarde, desde la peina orlada de brillantes con que sujetaba sus negros cabellos al levantarse, hasta las chinelas de terciopelo verde bordadas de oro con que cubria sus reducidos pies, casi tan pequeños y graciosos como su preciosa mano; desde el suntuoso lecho en que dormía, hasta el último dize de su elegante tocador, desde la espléndida sala hasta el célebre gabinete de estudio; desde el brioso Chileno en que solía montar los domingos, hasta el flamante, coche inglés y los normandos frisones que llamaban la aten-

cion de todos en los paseos públicos: los elogios y las demostraciones de aprecio que le prodigaban cuantos la veían; el ansia con que solicitaban acercarse á ella; las distinciones del virey, el monarca verdadero en América; y hasta la tenaz porfia con que la asediaban, donde quiera que iba, los primeros pisaverdes de la alta sociedad.... todo, todo contribuía á prestarle un hechizo irresistible, una magia fascinadora capaz de trastornar la cabeza mejor organizada, y comunicar una centella de idealismo al alma mas positiva, al corazon mas seco y hulado por los desengaños de la vida ó la nieve de los años.

Angel en forma de muger, ella realizaba en la tierra el paraíso prometido en otra existencia: hacia creer en Dios: decíase uno involuntariamente al mirarla: es imposible que semejante maravilla sea un pedazo de barro animado: despertaba la aletargada inspiracion en la mente del poeta, del músico y del pintor: parecia predestinada para infundir una de esas grandiosas pasiones de que se mofa la generalidad en su interior ó abiertamente, cuando las ve puestas en accion en los dramas y novelas; primero, porque no es capaz de sentir las ni comprenderlas, y segundo, por que los tipos que se le ofrecen por modelo, carecen por lo comun de las verdaderas sombras y matices que en la vida real empuñan los mas bellos caracteres. A fuerza de querer espiritualizarlos ó estereotiparlos (permítaseme esta frase) en el molde que el autor se forja, pierden su aplicacion práctica, y cuanto mas acabados, bajo el punto de vista artístico, presentanse mas incomprendibles para la generalidad, que no acostumbra lanzar sus ojos mas allá del menguado horizonte que la rodea: tal es mi humilde opinion. (1)

Resumiendo todo lo espuesto, y aplicándolo á la heroína de nuestra historia, pareceme haber probado hasta la evidencia, que, por su situacion, cualidades personales y medios de brillar, se encontraba en el caso y debia necesariamente inspirar á los hombres capaces de elevarse hasta ella, adoracion, delirio, amor sublime, y á los espíritus vulgares y hasta á los libertinos estragados como el de Araure, entusiasmo, fascinacion de los sentidos, deseos vehementes é indomables, embriaguez del orgullo satisfecho.

Bastaba contemplar á este último, prestando el oído en la puerta del gabinete, al menor ruido que le parecia sentir, para corroborar la inapelable exactitud de nuestro aserto. Leíanse en los temblorosos pliegues de su frente, la exaltacion y la fiebre que le devoraban, á medida que daba rienda suelta á sus descabellados pensamientos, fija la imaginacion en Emirene, y girando sus ideas en torno de ella, como un satélite al rededor de su planeta, sin poder romper la poderosa atraccion que las impelia hacia su centro.

—No hay remedio, se decia paseándose á grandes pasos de una pared á otra, es forzoso que esa muger me pertenezca. Sino la poseo, su recuerdo envenenará todos mis placeres; me perseguirá noche y dia, como un remordimiento. El tiempo y las dificultades aumentarán mi deseo, como se hincha y desborda un torrente con los diques con que se intenta sujetarlo. El único medio de apagar mi ilusion, es ahogarla en sus brazos. Al fin no es mas que una muger lo mismo que las demas, y me sucederá lo que con todas... me hastiará al otro dia de haberla humillado.... y la humillaré, si.... ¡Si! es necesario, es indispensable que castigue su coqueteria. Me cuesta muchas desazones y malos ratos, me ha hecho sufrir mucho, ha embravecido demasiado mis sentidos, ha pisoteado demasiado mi orgullo, ha escitado demasiado mi vanidad, para que no desee triunfar en la porfida lucha á que ella misma me ha provocado.... ¡Oh! ¡no hay remedio!... Es forzoso que esa muger ó demonio me pertenezca. De cualquier modo que sea, cueste lo que cueste, suceda lo que suceda.

El reloj de la lejana catedral, dió nueve monótonas campanadas, cuyos lúgubres tañidos se perdieron en el espacio, vibrando á la distancia como el último quejido de un moribundo. Embebido el marqués en su monólogo, no las oyó; pero si las que repitió el reloj de sobremesa, que estaba arreglado por el de la catedral. Al primer golpe de la primera musa sobre la metálica campana, fijó él sus ojos en la argentada esfera, y viendo que se habia cumplido el plazo y que ni Yuca ni Emirene aparecian, perdió la esperanza de concluir su aventura allí, y en aquella misma noche, como tenia resuelto; si bien se proponia no desistir de su intento, y hacer un postrer esfuerzo para conseguir de ella que fuese al parage convenido antes.

Lisongeábase con la idea que Yuca no habria podido hablarla, y que apenas la hipócrita (dictado nuevo, gran cruz que acababa de concederle, en atencion á sus méritos contraídos en el triunvirato citado), le viese dispuesto á llevar á cabo sus amenazas, se prestaría á todas las condiciones que él se dignase imponerla.

¡Tan grande era la confianza de Tedarra en las pruebas que tenia en su poder! tan terrible impresion produjeran sus amenazas en la imprudente jóven que las puso en su mano, sin acordarse ni prever que llegaría un dia, en que podria arrojar la máscara; y como un malhechor, reclamar, poniéndole la punta de un puñal al pecho, el cumplimiento de los falsos juramentos y protestas de cariño, con que una niña coqueta y poco reflexiva pretendió verte arrodillado á sus pies, para tener la satisfaccion de vengarse de él, sien-

(1) Perifrasis de este adagio.

(2) Zorrilla: Principe y rey. (20)

(1) Influencia de la riqueza, sobre el valor de las prendas físicas y morales. (3.)

ella la que quedó prisionera en el mismo lazo pre-
parado para su humilde adorador. ¡Dios castiga sin
pedir ni palo!
¡Escarmentad, oh mesdames! aficionadas á bur-
larnos del prójimo, escarmentad en cabeza ajena! No
os obliguéis á creer os agrada que os suceda lo que
á Cambrone, para tener el gusto (1) de pasar por victi-
mas, siendo verdugas. Escarmentad, malditas; mirad
que á lo mejor.

«Tira el diablo de la manta.....»

(Se continuará.)

DON JOSE NICOLAS DE AZARA Y PERERA.

BIOGRAFIA.

Debiendo inaugurarse á fines del presente mes,
de Barbuñales de Aragon, un monumento que á la
memoria de este ilustre español ha levantado su so-
berano el señor marqués de Nibbiano, nos parece oportu-
no publicar los siguientes apuntes sobre su vida y
sus obras, que debemos á la amistad del señor don
Basilio Sebastian Castellanos.

Nació Azara en Barbuñales de Aragon, provincia
de Huesca, el día 5 de diciembre de 1730, de una de
las familias mas ilustres y de esclarecida nobleza de
ese antiguo reino. Estudiando en la universidad de
Huesca, en donde se graduó de doctor en jurisper-
cia, pasó á Salamanca en 1749 agraciado por el
rey con una beca en el colegio de San Salvador de
Viejo, en el que perfeccionó sus vastos conoci-
mientos, y en el que sirvió, mientras estuvo en él, la plaza
de bibliotecario. Llegando á la corte la fama de su
saber y privilegiado talento, fué llamado á ella
por Carlos III, que le confirió una plaza de oficial en
la secretaría de Estado en 1760. La facilidad y tino
con que desempeñó cuantos asuntos se le cometie-
ron, le valió ser nombrado en 1765 agente general
de España en Roma cerca de la santidad del papa
Clemente XIII en circunstancias bien difíciles, que
supo vencer con su superior talento.

Desde su llegada á la capital del orbe católico, fué
objeto del aprecio y estimacion que supo granjearse de la
corte pontificia, de todos los romanos y de los ilustres
extrangeros que la visitaban, que su casa llegó á ser
el punto de parada de todos los sabios, el
refugio de los artistas y hombres de letras, y el mejor
de las academias científicas, literarias y artísticas de
Roma.

Después que falleció Clemente XIII, la influencia de
Azara en el Vaticano contribuyó bastante para la elec-
cion del cardenal Ganganeli, su amigo, el cual fué
nombrado papa con el título de Clemente XIV. Cum-
pliendo con su deber como agente de España, tuvo
una parte muy principal en la estincion de la
orden de Jesus, decretada por este pontífice, á pe-
dimento de las testas coronadas de la casa de Borbon.
Escribió desde entonces el protector mas magnífico
de los ex-jesuitas que se distinguieron por su sa-
ber, los cuales hallaron en su palacio una cariñosa
hospitalidad.

Elvado al pontificado Pio VI á la muerte de Cle-
mente XIV, en cuya elevacion tuvo gran parte el ca-
ballero Azara, según documentos y cartas autógrafas
de este papa, creció la influencia de nuestro caballe-
ro en el Vaticano, y con ella el ascendiente de España
en Roma, hasta el punto de consultársele todos los
asuntos graves, la que se aumentó con su nombra-
miento de ministro plenipotenciario en 1784, en que
obtuvo al marqués de Grimaldi.

Arbitro Azara, por decirlo así, de los destinos de
Roma, no solo atajó en medio de su carrera de refor-
mas eclesiásticas á su amigo el emperador de Aus-
tria José II, con el que arregló personalmente las dife-
rencias que tenía con el papa, á Leopoldo, gran du-
que de Toscana, y al duque de Parma Fernando I,
que se hallaban indispuestos con el espresado pontífice,
sino que tambien detuvo al coloso del siglo, al in-
fante Napoleon Bonaparte, cuando en 1796 se diri-
gió á Roma con su ejército para castigar los ultrages
que suponía la Francia republicana la habia hecho el
pontífice y los romanos, logrando de aquel genio de
guerra el armisticio de Bolonia. Por este hecho
fue proclamado el libertador de Roma, nombrado uno
de sus senadores, y obtuvo el honor de que se le acu-
ñase una medalla con su busto, cual es bien conocida
en los museos de medallas y de los numismáticos, y
de que se repitiese su retrato con entusiasmo por los
principales pintores, escultores y grabadores romanos.

Durante la revolucion francesa, las familias pros-
critas del desventurado Luis XVI y de Orleans, ob-
tuvieron de él una generosa y magnífica hospitalidad;
como el desgraciado Pio VI le debiera tambien sumos
respetos y atenciones en el tiempo de su ostracismo,

en su compañía y por su consejo, hizo la bula, por la
que pudo despues ser elegido fuera de Roma su suce-
sor Pio VII, al que tambien hizo servicios impor-
tantes.

Nombrado Azara, en 1798, embajador de España
cerca del Directorio de la república francesa que le
recibió, para mas honrarle, en audiencia extraordina-
ria, y poco despues de Portugal para arreglar su paz
con la república, escribió su preciosa Memoria sobre
la pacificacion general de Europa. Llevó en aquel
cargo su beneficencia hasta Constantinopla, en donde
alivió la suerte de los franceses prisioneros del Gran
Señor, cuyo gobierno solo por su medio quiso contra-
tar los socorros para ellos, y llegó á tal su ascenden-
te con el Directorio ejecutivo de la república, que
solo á él respetaba entre los diplomáticos y á su peti-
cion cerró los clubs revolucionarios que declamaron
contra España, y varió de sistema completamente.
Por un golpe de ingenio, hijo de su privilegiado ta-
lento, para salvar el crédito español, libró á la Fran-
cia de una inminente bancarota, por lo que mereció
las bendiciones y plácemes de ambas naciones. Fué
tal la confianza que tuvo en el talento y probidad de
Azara el Directorio, que le encargó la formacion del

embajada, unido al aprecio grande que le tenía el rey
y el principe de la Paz, fué causa de que, á la caída
del ministro Urquijo, se le ofreciese la cartera de Es-
tado, y de que, no queriendo admitir este cargo, se le
volviese á nombrar en 1800 embajador en París.

Dirigiéndose á Madrid á tomar órdenes, volvió á
proponérsele por los reyes el ministerio, pero rehu-
sándolo de nuevo, le condecoraron con la banda y grau-
cruz de Carlos III, reuniendo al efecto capitulo es-
traordinario para él en el cuarto del rey, en cuya ce-
remonia la reina Maria Luisa, le cosió la placa por su
mano, obteniendo en el acto unas magníficas insignias
que le regaló el principe de la Paz: en esta ocasion era
ya Azara caballero gran cruz y bailio de la orden de
Malta, consejero de Estado y caballero pensionado de
la misma orden de Carlos III.

A su regreso á París fué recibido con entusiasmo
por Napoleon, por su gobierno, y por todos los hom-
bres políticos y de letras de Francia, que le respetaban
y apreciaban por su superior talento.

Nombrados soberanos del nuevo reino de Etruria
los infantes de España, principes de Parma, les alo-
jó en su casa con la mayor magnificencia y generosi-
dad á su paso por París; y como lograrse de Napoleon,
que á pesar del tratado de Aranjuez que destronaba al infante duque de Parma
Fernando I, padre de los anteriores, no se le removiese de su ducado durante su
vida; este agradecido soberano no solo le nombró su embajador principal en Pa-
ris, sino que le dió el feudo y marquesado de Nibbiano, en su ducado de Plasencia para sí y sus sucesores, dignidad que
no recibió sino despues de obtener la venia del rey de España, cuñado del du-
que.

En esta ocasion se halló Azara en Pa-
ris como embajador de España cerca de
la república francesa, cerca de Napoleon
como presidente de la nueva república
italiana, de Parma y del nuevo rey de
Etruria en ambos conceptos, es decir, con
seis embajadas á la vez, cosa que á po-
cos diplomáticos habra acontecido: ade-
mas tenia poderes extraordinarios por to-
dos estos estados, para representarlos,
mediando con la Francia y con todos los
reinos que estuviesen en guerra con ella,
para establecer la paz general, de cuyo
benefico proyecto fué autor como con-
stante agitador y promovedor de la tran-
quilidad de Europa.

En 1801 hizo la paz entre España y
Rusia; y nombrado en 1802 para repre-
sentar á España en el celebre congre-
so de Amiens, obtuvo en él el primer lu-
gar, y como tal firmó el primero el tra-
tado de paz que allí se hizo, en el que lo-
gró anular todos los contratos ruinosos
de comercio que teniamos con Inglaterra
por los que se favorecia en nuestro
pais mas á aquellos isleños que á los
naturales: fué mirado en Amiens con
tanto entusiasmo, que llegó el caso de
suspenderse en el teatro la representa-
cion para aplaudirle al entrar en su
palco.

Por el mal estado de salud del nuevo rey de Etruria,
se le quiso mandar á organizar y gobernar aquel reino,
pero la temprana muerte del jóven soberano impidió
que así se verificase; así como su porfiado rehusó, hi-
jo de su modestia, fué causa de que no fuese soberano
de Malta, de cuya orden quiso Napoleon hacerle nombrar
Gran Maestro.

Rota la paz contratada en el congreso de Amiens
entre la Francia y la Gran Bretaña, aconsejó sabiamente
Azara á su gobierno la neutralidad que aguardó
España en esta segunda contienda; disminuyendo en
mucho los sacrificios que Napoleon la impuso para que
pudiera conservarla.

El poco tino diplomático y las rencillas palaciegas
en Madrid, indispusieron á esta corte con el gobierno
de la república francesa y con su primer cónsul Na-
poleon, el que no viendo bien al principe de la Paz
desde que, sin contar con él, hizo la paz con Portugal,
pretendió que Carlos IV le lanzase de su corte, y á pe-
sar del empeño con que se trató de llevar esta idea por
Bonaparte que amenazó con declarar la guerra á Es-
paña, Azara con su política y talento, y poniendo en
juego aquellos recursos oratorios y persuasivos que
tanto alabó siempre aquel coloso, logró anudar la bu-
na inteligencia entre ambos gobiernos, haciendo que el
francés desistiese de su empeño, con lo que libró á
España por entonces de la guerra que acaso hubiera
sido menos gloriosa para nosotros que la que nos abig-
gió despues de la muerte de Azara, porque no estaban
los ánimos entonces tan unidos: si Azara viviera en
1808, puede que no hubiese llegado el caso de la guerra
de la independencia que pronosticó en muchas de
las comunicaciones oficiales, porque hubiera podido
librarnos de este mal, como lo habia hecho otras ve-
ces que se intentó, y como con mas política y mas
juicio en la corte de Carlos IV se hubiera conseguido
cuanto aconteció.

Disgustado Azara de las intrigas de su corte, mo-
tivadas por las disensiones intestinas de la familia
real; cansado ya de trabajar, y desoso de descansar
en su querida Roma para escribir las curiosas Memorias



Don José Nicolás de Azara y Perera.

plan marítimo de las escuadras combinadas contra la
Inglaterra, el que se trabajó en su palacio de la emba-
jada de España, y tal el amor que se le profesó, que
cuando á fin de 1799 fué depuesto de la embajada por
una intriga de corte, el mismo Directorio quiso man-
dar uno de sus miembros á Madrid para manifestar,
en nombre de la Francia, que solo á Azara se reco-
noceria por embajador, lo que se hubiera llevado á
efecto sin las súplicas y formal repulsa del caballero
que se opuso á ello obstinadamente.

Habiendo dejado Napoleon el mando del ejército
de Egipto al general Kleber, llegó de improviso á Pa-
ris pocos dias antes de la salida de Azara, con el que
se avistó al instante, y al abrazarse estos dos grandes
hombres y amigos, no pudo menos de formarse el
plan que, á pocos dias de la salida del caballero de
aquella capital, puso el poder en manos de Napoleon,
lo que se tuvo entonces, y lo fué en efecto, por una
fortuna para la Francia que se hallaba en la mas es-
pantosa anarquía, y de consiguiente la España, su
aliada, no pudo menos de ganar algo en evitar aquel
desorden que amenazaba turbar su tranquilidad. Azara
informó á Napoleon del estado del pais, y le comunicó
su opinion sobre lo que podia hacerse para de-
fenderle de la anarquía, resistiéndose á quedar en
París, como queria aquel, que le ofreció colocarle en
el puesto público que mas le halagase, ó mantenerle
en la grandeza que desease con tal de que se quedase
á su lado.

Reducido Azara á la vida privada, se dirigió á su
casa de Barbuñales despues de haber acompañado y
servido en Barcelona á su desgraciada amiga la prin-
cesa Adelaida, madre de Luis Felipe, último rey de
los franceses, y aquel pueblecito de Aragon empezó á
ser considerado, porque de toda Europa acudian per-
sonajes á visitar á nuestro Azara, y los correos espa-
ñoles y extrangeros le llevaban el aprecio de los sabios
y de los hombres de bien.

Las instancias de Napoleon y de su ministro Tal-
leyrand, que no cesaron de pedir á Carlos IV nombrase ministro de Estado á Azara ó le repusiese en su

1 En el original decia sexta; los cajistas, sin embargo, de
su propio, como la constatación que dió el papa á sus pu-
es que le ha salido tan cara, han puesto gusto, sustituy-
do sin mi consentimiento una g á una s; y yo no me he
dado á corregir en las pruebas esta errata, notable bajo
de un concepto; carguen, pues, ellos con la responsabi-
lidad. Yo me lavo las manos.

rias de los sucesos de su larga vida política que pueden decirse son la historia de los 30 años del siglo XVIII y cuatro primeros del presente, y de disfrutar de su rica biblioteca, que pasaba de 20,000 volúmenes, y de su precioso museo de antigüedades y de bellas pinturas; deseoso de disfrutar todos estos bienes, repetimos, pidió con instancia su jubilación y la obtuvo al fin del año de 1803. Libre ya de los negocios, se preparaba á pasar á Italia en compañía de su hermano don Felix, sábio escritor, naturalista y distinguido marino, cuando le atajó la muerte el 26 de enero de 1804 á los 73 años de edad. El cortejo de su entierro fué el mas numeroso que habia visto Paris hasta entonces, pues que asistió á él el gobierno y todas cuantas personas ilustres habia en Paris: traído su cadáver á España por sus hermanos, fué depositado en un suntuoso sepulcro de mármol que se ostenta en la iglesia parroquial de Barbuñales, en cuyo pucblo y en la fachada de su casa, colocará este año un sencillo, pero elegante monumento que le recuerda, su sucesor y sobrino el magnífico señor don Agustín de Azara, actual marqués de Nibbiano.

El nombre de Azara se ve citado con elogio en casi todas las obras de historia ó de política que se han impreso en España y en el extranjero de un siglo á esta parte, y muy particularmente en las vidas de sus amigos los pontífices citados, de José II, emperador de Alemania, del sucesor de este, Leopoldo, de Gustavo III de Suecia; Catalina II de Rusia; Napoleon, Luis XVIII, Luis Felipe, reyes de Etruria, reyes de Portugal y de Nápoles, duques de Parma, Talleyrand y otros soberanos, magnates y sábios, literatos y artistas célebres de su época, no pudiéndose escribir la de los jesuitas, ni la de los reyes de España, príncipe de la Paz y personajes distinguidos españoles de su tiempo, sin hacer mención honorífica de tan ilustre español al tocar muchos puntos, en los que hizo un papel muy principal.

El caballero Azara está reputado con justicia por uno de nuestros más distinguidos hombres de Estado y mas célebres diplomáticos; tenido por uno de los literatos españoles que mas se han distinguido por su vasta erudición, grandes conocimientos y pureza de nuestra lengua. Se le cuenta entre los mas sábios anticuarios, opinion que justifican sus excelentes escavaciones en Tivoli y en otros puntos, y la famosa colección de bustos griegos y romanos que legó á Carlos IV, y que hoy se admiran en el Real Museo de escultura de Madrid. Se le considera como eminente artista, á la vista de su precioso Comentario á las obras y tratado sobre la belleza, de su amigo el famoso Mengs, de quien fué protector así como de su familia, y por sus buenos grabados al dulce y las excelentes porcelanas que trabajó. Y en fin, ocupa un distinguido lugar entre los hombres probos, generosos, virtuosos y buenos patriotas, por su honradez y energía, su incorruptibilidad, beneficencia y liberalidad, y por los grandes servicios que hizo á su nación y á sus conciudadanos, no faltándole ninguna de las buenas dotes que hacen al hombre ser venerado y admirado de sus semejantes, ya pertenezcan á la virtud ya á la sabiduría.

Ademas de los muchos trabajos diplomáticos y literarios que no han visto todavía la luz pública, se conocen de Azara las siguientes publicaciones: La edición en 8.º con notas de las obras de Garcilaso de la Vega, hecha en 1763 en las que puso un precioso prólogo sobre la lengua castellana. Las *Obras del famoso pintor Mengs*, ilustradas con notas, la vida de este artista y el citado Comentario á la belleza, publicadas en 1780. La preciosísima edición ilustrada de la *vida de Ciceron* que tradujo del inglés, Madrid 1790. Las obras del famoso naturalista *Browles*, con notas y prólogo suyo, publicadas en 1782 y 1789 en Madrid. La lujosa edición de las obras del poeta español *Prudencio*, Parma. La de las exequias de Carlos III con su elogio, Roma 1789. *Obras de Horacio*, Parma 1791. *Obras de Virgilio*, Parma 1793. *La religion vengada*, poema de su amigo el cardenal Bernis, Roma 1793. *Gli Animali Parlanti*, de su amigo el poeta abate Casti. *Memoria sobre la beatificación del venerable Palafox*, Roma. Sus memorias publicadas en 1847, y otras varias obras de que se da razon ó se insertan en la estensa vida civil y política de este ilustre español, que se está imprimiendo; sin contar lo mucho que ayudó á los célebres escritores *Milicia*, *Visconti*, *Arteaga* y otros en sus obras, segun lo dicen ellos mismos en cartas originales.

HISTORIA CONTEMPORANEA.

BIOGRAFIA.

DON JUAN ANTONIO ZARATIEGUI.

I.

En la antigua Oligitum, y moderna Olite, que debió su fundación al godo Suintila; en esa ciudad asentada en una de las pintorescas llanuras de Navarra y á la margen derecha del Zidacos, nació Zaratiegui y Celigueta el 27 de enero de 1804. Su honrada familia no hizo brillante su cuna por la profusion de riquezas, pero si feliz por su amor y cariñosos desvelos que bastaron para deslizarse dulcemente los breves dias de la infancia del tierno niño, que ya en sus pueriles años

comenzó á alimentar su espíritu con los primeros rudimentos de la instrucción, que tuvo que abandonar por carecer de facultades para seguir una carrera literaria.

En sus nuevas ocupaciones curiales no abandonó el jóven navarro los libros, á cuya lectura se entregaba con pasión, y especialmente si eran de historia ó trataban de guerras, de las que se demostraba entusiasta; por instinto y por pasar sus años juveniles oyendo siempre los clarines de guerra y el estampido de los cañonazos, sobrada causa para inflamar en bélicos deseos su flexible corazón, como se inflamaban los de todos los españoles que amaban su independencia. Esto habia hecho renacer la antigua costumbre en Navarra, de hacer los niños un ensayo de lo que veían en los militares, y Zaratiegui asistía á estos simulacros pueriles, en los que le daban el mando por su particular estrategia, con la cuales condujera muchas veces á la victoria. Para mejor ejecutar su papel arengaba á sus subordinados, componiendo al efecto proclamas, tomando los trozos que le parecían mas oportunos en las historias que leía, haciendo á veces en sus arengas el extraño maridaje de César con Carlos-Magno, y de Carlos I con Alejandro.

Al enarbolar Quesada en Navarra en 1822 el estandarte contra el sistema constitucional, se unió nuestro jóven, que apenas contaba diez y ocho años, con otros cincuenta de su edad, á una partida realista mandada por don Lorenzo Unzué, que en una noche de julio del mismo año se presentó en Olite. Se incorporaron con don Santos Ladron que estaba organizando fuerzas, y nombró á Zaratiegui su secretario, cargo que desempeñó durante la guerra, con el cuidado de redactar el Diario del ejército. Por su valor en la acción contra Salcedo el 26 de marzo de 1823, en la de Tamarite y otras, y por sus servicios, llegó hasta obtener el grado de capitán y la cruz de San Fernando de primera clase.

En 1824 vino Zaratiegui á Madrid en compañía de don Santos Ladron, y quedó destinado en la inspección de infantería, hasta que reemplazado Aimerich por Llauder que se propuso liberalizar sus oficinas, le mandó incorporar á su regimiento, 1.º ligero, que se hallaba en Zaragoza. Marchó en setiembre de 1826, y en Zaragoza tuvo por gefe á don Tomás Zumalacárregui, teniente coronel de su cuerpo, antiguo compañero y amigo suyo, á las órdenes de don Santos Ladron. Siguió Zaratiegui á su regimiento en todas sus vicisitudes, ya en el tiempo que estuvo de observación en el ejército del Tajo, ya en las guarniciones de Valencia, Cartagena, Manresa, Vich, Seo de Urgel, Gerona y otros puntos, hasta mayo de 1831, siendo honrado de un modo muy especial por su gefe don José Auguet, á quien sobraba de honradez lo que le faltaba de instrucción.

Destinado con satisfacción suya al 6.º ligero, pasó á Barcelona, donde recibió orden de presentarse al conde de España, en virtud de haber sido envuelto en una causa formada contra un oficial llamado Zaldua, habilitado de su anterior cuerpo, 1.º ligero. Estuvo Zaratiegui algunas horas preso, y al ponerlo en libertad ordenó la sala de alcaldes de Casa y Corte se le diese una reparación honorífica.

Bien recibido por Llauder, virey entonces de Navarra, á su llegada á Pamplona, le concedió un mes de licencia para visitar á su familia, de cuyos brazos le arrancó la diputación de Navarra para que planteara la secretaría de la subinspección de voluntarios realistas, al tenor de lo acordado por las cortes de Navarra en 1828.

En 1832 se incorporó á su regimiento en Leon, destinado luego á formar parte del ejército de observación en la frontera de Portugal, al mando de Sarsfield. Necesitando el coronel don Carlos Tolrá en virtud de una orden recibida del general en gefe, colocar un oficial esperto sobre la misma frontera para desempeñar una importante comisión, eligió á Zaratiegui, quien se colocó en Saucelle con una partida hasta que se retiró de aquellas inmediaciones su regimiento.

II.

La violenta crisis en que puso á España la enfermedad de Fernando VII en setiembre de 1832, esa crisis que habia de decidir de los futuros destinos de la patria, comenzó á introducir radicales cambios en el orden de cosas establecido hasta entonces, y dió ocasion á que Zaratiegui, en cuyos principios políticos no se tenia grande confianza, quedase separado de su regimiento en marzo de 1833, hallándose á la sazón en Salamanca. Resuelto á volver á su país, pidió á Sarsfield pasaporte para Pamplona, y marchó á esperarlo á Zamora, donde residió unos dos meses, al cabo de los cuales recibió la constatación de acudir con su solicitud al capitán general de Castilla la Vieja, y se trasladó á Valladolid, donde le concedió Castrotorreño el pasaporte. Una grave enfermedad le impidió marchar hasta últimos de junio, en cuya fecha, dando el postrer abrazo á don Santos Ladron, que estaba de cuartel en aquella capital, se encaminó á Pamplona á encargarse de la secretaría de la subinspección de voluntarios realistas, para la que le nombró la diputación de Navarra.

Puesta nuevamente en peligro su existencia dirigió á Barcelona en cuanto se halló restablecido, á evacuar algunos encargos de la diputación relativos al equipo de los realistas. Llauder, capitán general entonces del Principado, creía ver en el viage de Zaratiegui un fin político, máxime cuando ya ande alarmados los ánimos, y no se ocultaban los apre-

que mutuamente hacían los partidos para lanzar la palestra. Mandóle llamar, le examinó, y no satisfecho de sus esplicaciones, aparentó estarlo, é hizo le observaran todos sus pasos.

Desempeñando Zaratiegui su cometido, supo de octubre la muerte de Fernando. Un inmenso llanto se presentó entonces á su vista; pero no es ese porvenir en Barcelona: le era enojosa su residencia, y nada mas fácil que conocer en su semblante agitación de su espíritu, sentir en su pecho las palpitaciones de su corazón, y notar en su continuo estado de inquietud, su vehemente deseo en pisar los campos de su país nativo. Pero ¿cómo volver á Navarra sin dar el menor indicio de sospecha? La fuga era ligerosa, y al pedir su pasaporte se le negarian; se terminó, pues, á mortificar su impaciencia, y espasmaron seis dias que se le hicieron mortales, y al 9 de octubre, arrojando por todo, se determinó presentarse á Llauder para despedirse y reclamar pasaporte: comenzaba á hablar con Llauder, cuando el ángel protector de Zaratiegui, hizo que entrara la sala el obispo de aquella diócesis; y en tanto que general le recibía, fingiendo Zaratiegui retirarse por respeto á la persona de mayor jerarquía, despidió á la secretaria, y suponiendo el consentimiento de Llauder, pidió y obtuvo su pasaporte refrendado. Corre á la administración del correo, le presenta las dos horas (4 de la tarde) iba caminando hácia L. da, libre ya de sus fundados temores. El 11 llegó Zaragoza y una calesa le condujo aquel mismo día Tudela de Navarra.

Las orillas del Ebro entre la Rioja y Navarra y tres provincias vascas, eran ya teatro de la guerra trágica en que tanta y tan preciosa sangre española ha derramado; y al pisar Zaratiegui aquellos campos tan pacíficos no hacia mucho, y retumbando ya en ellos los ecos de guerra, y reinando por doquier férreo rumor de las armas, se sobrecogió su espíritu y se dilató su corazón. La razon le presentaba horrible cuadro de las desgracias de una lucha enarrazada, y su corazón le arastraba á medir su espada en los combates, peleando en las filas á que le imponían sus compromisos y convicciones, de las que nos incumben ocuparnos.

Trasladado el 12 á Caparrosa, encontró al conde de Castañon alojado en casa de su amigo de la infancia don Fausto Joaquín Zalduendo. Castejon, después haber reunido algunos caballos y doscientos carabineros guardacostas, avanzó á tomar el paso del Aragón por el puente de Caparrosa. Esto era un tercio para Zaratiegui: nada sabia con certeza; y el vulgo corrían noticias tan exageradas como condictorias. Un sargento, ex-realista de Navarra, y que entre los carabineros que acompañaban á Castejon se ofreció á Zaratiegui con tres ó cuatro soldados para ir en busca de don Santos Ladron, su antiguo general; pero antes de arreglarse, marchó la columna Castejon á Tafalla. Sabedor entonces Zaratiegui de la partida de don Santos por Lorenzo, y de su prisionería llenó de sentimiento, así como Zalduendo, por el prisionero. Se separaron con dolor, y marchó Zaratiegui á Pamplona; pues no habia contraído aun gun compromiso, y llevaba ademas su pasaporte reglado.

La honda impresion que le causara la derrota prision de don Santos, le hacian fluctuar entre en terrosos temores, abismándole hasta el punto de que nadie se atrevia á preguntarle por él. Acercábase Pamplona, cuando en uno de los puentes de la carretera se encontró trabajando al carpintero Javier regui, quien al ver á Zaratiegui se acercó á él bañando los ojos en lágrimas, y le dijo:

—¿No sabe vd. lo que pasa?

—No.

—Pues sepa vd. que ayer han fusilado á don Santos. La ciudad entera ha pasado de la consternación mas grande furor; todos piden venganza, y ya get va á los carlistas á bandadas.

Rindió entonces Zaratiegui el debido tributo amistad y á la gratitud, y disimulando su dolor, besó los puentes levadizos de la plaza, y llegó á su casa, que era la del célebre abogado don Angel Saita de Irujoz, síndico del reino.

En cuanto supo Zumalacárregui la llegada de Zaratiegui á Pamplona, le llamó por un billete que le dijo su criada. Sagareta, que á la circunstancia de ser pariente de la esposa de aquel coronel, era previsor, se opuso á la visita, si no iba al fin á hacerla antes al general don Antonio Solá, que era funciones de virey. Hizolo así, y al entrar en el gresco de la casa de este en la de Zumalacárregui encontró en un estado peligroso de afección por la impresion que le habia causado el fusilamiento de don Santos. Esta entrevista debe quedar consagrada en la historia, porque tuvo lugar en ella un acto tierno como sublime que habia de ser de summa importancia para España. Solos y en una pequeña sala mas consejeros que su corazón, y sin otro testigo el Omnipotente, se abrazaron los dos amigos: opr se el pecho con sus manos, y notándose en la cara un bincazon de sus venas y en la gruesa tiranteza de sus músculos el enérgico entusiasmo de que se iban poseidos, juraron ante el Altísimo empuñar armas en defensa de aquella causa por que derramaba su sangre quien era llamado por ellos el *ilustre tir de la legitimidad*.

Desde este momento no había otro porvenir para los dos amigos que el campo de batalla: pelear era su anhelo: la victoria su ilusión, y la vida solo les era dada por la lisonjera esperanza de inmolarse bajo los bandones de su causa. Ardiendo en tales deseos voló Zumalacárregui al combate, y á poco Zaratiegui, del modo que veremos.

III.

En Navarra, como en las demas provincias vascas, hay desparramados en el campo multitud de caserios, cuyas blancas paredes resaltan en aquella perenne verdura del suelo, como las flores en un jardín, ó como las estrellas en el firmamento. Toda esta población diseminada en las cumbres de las montañas, y en los márgenes de los rios, está en alegre movimiento en los días festivos en que dan tregua á sus penosas labores, entregándose con tanto mas placer á ellas, cuanto mayor es el trabajo de sus tareas. Comenzaba á disputar el alba de uno de los primeros domingos de noviembre del 33, y el tañer de las campanas llamaba á todos los caseros (1) á cumplir con el precepto religioso que imponía la festividad del día. Esta circunstancia hacia que se vieran mas frecuentados los caminos y las seis entradas de Pamplona, y se pudiera eludir mejor la investigadora vigilancia de los centinelas. Tenido esto en cuenta por Zaratiegui, salió de su casa envuelto en una capa; salvó una puerta de la ciudad, dirigiendo una maligna sonrisa al centinela, y como si fuera de pasco se encaminó hacia Ararauro, distante una hora de la población, montó allí en un caballo que de antemano le tenían dispuesto, y fué á Salinas de Oro, trasladándose el mismo día á Estella, é incorporándose á la mañana siguiente á un destacamento de caballería carlista, que al mando de don Venancio Urdian, llevaba orden del coronel don Francisco Iturralde, jefe de los carlistas de Navarra, de efectuar algunos arrestos. A poco se presentó Zaratiegui á Iturralde en Los-Arcos, siendo recibido como debía esperar de quien era su amigo desde 1822.

No obstante el afecto que Iturralde mostraba á su nuevo presentado, conocía este no ser aquel el jefe que convenia á la causa carlista; y tal modo de sentir confirmado con hechos posteriores le hicieron ver con extraordinaria alegría la vuelta de Zumalacárregui, ocupado en proporcionar auxilios para la guerra.

Se unió Zaratiegui con aquel caudillo para no separarse de él hasta la muerte, y así lo cumplió, á pesar de las escisiones entre Zumalacárregui é Iturralde, y de las ofertas que este y don Juan Echevarria le hicieron.

El prestigio y los no vulgares conocimientos de Zumalacárregui, no desconocidos de los carlistas, le elevaron al mando. Eligió á Zaratiegui por su ayudante general, con especial encargo de redactar los partes, órdenes, proclamas y toda la correspondencia, sin ningun otro interventor, lo cual motivaba aquella profunda reserva con que Zumalacárregui ejecutaba todas sus operaciones. Y no se limitaba á componer las arengas, sino que el mismo ayudante, montado en un brioso alazan, las leía al frente de los batallones, produciendo siempre el ardiente entusiasmo, que solo podía inspirar quien siendo hijo del pais como él, supiera el lenguaje al alcance de los naturales, sus costumbres, é identificándose con sus mismos sentimientos se apoderara de ellos para acomodarlos á los suyos y convencerlos.

IV.

Ocupémosnos ahora de los hechos de armas en que comenzó á figurar nuestro personaje; y siguiéndole en su vida militar durante la pasada guerra, le veremos efectuar un importante movimiento descendiendo del puerto de Eraul y cayendo sobre la retaguardia de la division de Carondelet, al tiempo mismo que su retaguardia era atacada en las peñas de San Fausto. Inseparable de Zumalacárregui, participaba de todos los actos de este guerrero; y las veces que acometió solo alguna arriesgada empresa, se vio lisongeado por el mas feliz éxito. Cuéntase entre otras, el ataque brusco, el 22 de abril de 1833 á la retaguardia del ejército de Valdés, cuando se retiraba este general en el mismo día á Estella, que constituyó una de las victorias mas memorables que obtuvieron las tropas carlistas.

Tales servicios, sin embargo, no los utilizaba Zaratiegui en su carrera. Prescindiendo de la honorífica mención que hizo su jefe en el parte, únicamente se sirvió de la influencia que ejercía sobre aquel, para hacer recayeran los ascensos y distinciones en los que mas le habian ayudado. Zaratiegui se hallaba en la misma clase y grado que cuando comenzó á estar al lado de Zumalacárregui. Trataba este de sorprenderle en el ascenso de brigadier, que privadamente habia pedido á don Carlos, y aunque conyino este en lo justo de la petición, las intrigas que puso en juego la envidia de algunas personas que nos abstenemos de nombrar, retardaron el cumplimiento y murió en tanto Zumalacárregui sin obtener la única gracia que decia habia pedido como un deber de conciencia. Evidente era el disgusto con que muchos cortesanos miraban á Zumalacárregui, que no le perdonaban sus contiendas y enérgicas representaciones por escrito sobre

todos los abusos que se cometian, y como era Zaratiegui el redactor de ellas, se le tenía la misma prevención que á su malogrado jefe.

Pasó Zaratiegui á las órdenes del segundo comandante general don Francisco Benito Eraso, quien necesitaba de sus conocimientos, y porque era la clave de todo el sistema y proyectos del anterior jefe; razón por la cual fué llamado á asistir á una junta de generales celebrada en Bolueta, arrabal de Bilbao, compuesta de los tenientes generales conde de Villemur, Gonzalez Moreno, Maroto y Eraso, en cuya reunion fueron debidamente apreciados los conocimientos de Zaratiegui.

Siguió este con Eraso, hallándose de general en jefe Moreno, quien dejó tristes recuerdos á la causa carlista siendo el mas notable la pérdida de la célebre batalla de Mendigorria, en que se malogró en un instante el fruto de cien combates. Pudo quizá, si no evitarse, disminuir la derrota, no desechando algunas indicaciones que desde Obanos propuso Eraso, escitado por Zaratiegui, llegando al estremo, como dice él mismo, de no contestar Moreno á tres mensajeros con los que se pedía un lugar en la batalla para tres batallones.

Nombrado luego Zaratiegui ayudante general del E. M. de Moreno, le propuso este en octubre de 1833, á la cabeza de cinco coroneles mas antiguos, para el empleo de brigadier.

No era Moreno el jefe que necesitaban las tropas carlistas: reemplazóle Eguia, organizó el ejército y colocó á nuestro nuevo brigadier de jefe de E. M. de la division de Castilla, jefe luego de la primera brigada de Navarra, y á los cuatro meses comandante general del Arga, punto destinado á defender de las incursiones enemigas al pais situado sobre la derecha del rio Arga, cuyo punto central era Estella.

Aquí comienza una nueva época para el joven brigadier, que se hallaba de jefe, en cierto modo independiente, de respetables fuerzas, y tenía que obrar y habérselas con temibles contrarios, de los que era entonces el principal el valiente general Iribarren que con 1200 infantes y 600 caballos tenía la misión de conservar la línea que partiendo desde Lodoza y abrazando las fortificaciones y puntos fortificados de Lerin, Lárrega y Puente la Reina, unia el Ebro con la importante plaza de Pamplona.

V.

Mal se podrian comprender las primeras operaciones del comandante general del Arga, si no pasáramos una rápida ojeada por las del jefe liberal.

Nada tan importante á un militar como el conocimiento del terreno donde ha de obrar, y el ser Iribarren hijo del pais en que operaba, garantía el éxito de sus operaciones y aumentaba los quilates de su sobresaliente reputación, y por consecuencia el temor de sus enemigos. Tenia Iribarren asegurada la comunicación de todos los convoyes y correos que pasaban del Ebro á Pamplona y vice versa; no osaban los carlistas traspasar la derecha del Arga y la línea que marcaban las montañas, defendida por bastantes puntos fuertes en que se apoyaban los liberales, cuya caballería era tan brillante como disciplinada, y nadie impedía á Iribarren introducirse por sorpresa en algunos de los pueblos de la dominación carlista, en especialidad en los situados á las faldas del Montejurra, en los cuales hacia exacciones de granos que obligaba á conducir á sus fuertes. Inútil era la actividad de los jefes que tenían á sus órdenes 500 infantes y 300 caballos carlistas destinados á contener estas correrías; el acierto de Iribarren les burlaba, obligándoles á ser meros espectadores del convoy que ya tenía salvado. Zaratiegui, sin embargo, varió completamente estos sucesos, y merced á lo acertado de sus disposiciones y á su no menos exacta ejecución, sucedió por dos veces encontrarse Iribarren con el jefe carlista dentro de los pueblos que trataba de sorprender, teniendo que retirarse burlado, y desistir totalmente de sus correrías.

Comenzó tambien Zaratiegui á valerse de medios estratégicos, y al anoecer de un día del mes de junio y en medio de una fuerte tempestad, hizo que se aprestasen cuarenta hombres con un oficial de confianza, mandándolos marchar toda aquella oscura noche, en que solo podían vislumbrar su ruta al fulgor de los relámpagos que acompañados de horribles detonaciones se sucedían unos á otros. Llevaban la dirección de Calahorra y el encargo de apoderarse de una pequeña isla que allí forma el Ebro para sorprender en ella el destacamento que todas las mañanas iba allí desde Calahorra á apacentar sus caballos convalecientes. Los treinta y seis que acudieron quedaron en poder de los carlistas. Este suceso dió importancia á Zaratiegui: de la defensiva pasaba á la ofensiva, y mostraba ademas audacia.

La necesidad que habia en el campo carlista de un jefe joven que sin ser temerario fuera valiente y uniera la prudencia á la franqueza, dió el mando á Villarreal, quien propuso á Zaratiegui para primer comandante general de Navarra, cargo que desempeñaba don Francisco García, sostenido mas bien por la corte que por su actitud; mas siendo preciso conceder algo á Villarreal, fué nombrado Zaratiegui segundo comandante general de Navarra, é único encargado de la organización de los batallones de esta provincia.

Disponiase la expedición de Gomez, y para llamar sobre las provincias las fuerzas liberales, se mandó á

Zaratiegui marchar con cuatro batallones á Vizcaya, lo que ejecutó, acantonándose en Llodio y Arca con encargo de observar á los enemigos que por aquella parte pudiesen acudir al socorro de Bilbao, cuyo sitio se resolvió en noviembre de 1836, y en el cual tomó una parte activa en todos los trabajos, la division de Zaratiegui, puesta á las inmediatas órdenes del conde de Casa-Eguia á quien se encomendó el mando y la dirección de una empresa tan desventurada siempre para la causa carlista.

De regreso Zaratiegui en Navarra, se encargó del mando de las tropas por enfermedad del general García, y á pesar de su corto número, se resolvió á ejecutar un proyecto de los mas audaces que tuvieron lugar en la pasada lucha. Veamos como nos lo ha contado él mismo y lo refieren sus soldados.

La villa de Lárrega, situada sobre la orilla derecha del Arga, y poblada por 2,000 habitantes, tenía una guarnición de 500 hombres, recinto aspillero y dos fuertes para su defensa: defendía el uno el hermoso puente de piedra que hay sobre el Arga, y dominaba el otro la villa. Fundado este sobre una especie de promontorio que se eleva á orillas del rio y al que los naturales llaman la Corona, porque corona en verdad á la población, era el principal baluarte y el que inspiraba suma confianza á la guarnición. Sabalio Zaratiegui, y en una noche lóbrega, encubridora siempre de las sorpresas, se dirigió con un batallon hacia Lárrega. Llega al pueblo de Andia distante tres cuartos de hora, elige cuarenta soldados, hijos del mismo Lárrega, y al comunicarle la idea de escalar el fuerte de la Corona, se sorprendieron de la proposición de tamaña empresa; miráronse atónitos, y alentándose al oír las razones de su jefe, se proveyeron de hachas, cuerdas y escalas, partiendo intrépidos bajo el mando de un oficial llamado Goñi, hijo tambien de Lárrega. Trepan la escabrosa montaña por la parte que mira al rio; escalan la muralla, y sin dar lugar á que los centinelas cargaran las armas que dispararon sobre los invasores, se hicieron dueños de toda la guarnición que consistía en treinta y ocho soldados y algunos artilleros; y los primeros rayos del alba alumbraron al pendon carlista que ondeaba en los muros de la Corona.

Tal enseña y la artillería destruida fué lo único que quedó en el fuerte, que, imposible de conservar, lo abandonaron los carlistas, llevando buen botín de víveres y municiones, y la guarnición prisionera. Sabedor luego Iribarren de este suceso, apenas le podía dar crédito.

VI.

Al comenzar la primavera de 1837, presentaba la guerra un aspecto terrible. Dispusose entonces aquella vasta combinación, en virtud de la cual debian salir simultáneamente tres gruesas columnas de Bilbao, San Sebastian y Pamplona á los respectivos mandos de Espartero, Evans, y Sarsfield, é invadir el territorio dominado por los carlistas. Zaratiegui con solo cinco batallones tenía que hacer frente en Navarra á las fuerzas concentradas de Pamplona; fuerzas que ascendían á diez mil seiscientos infantes y la correspondiente caballería; y ya fuese por lo acertado de sus medidas, ya por la disposición del terreno, hostilizó tres días á tan grande masa, mandada por Iribarren en ausencia de Sarsfield, la vió retirarse á Pamplona, la cogió trescientos prisioneros, cortó comunicaciones, interceptó correspondencias y aprehendió los ganados que pastaban á los bordes de los fosos de la población. Tales triunfos fueron alcanzados en los días 19, 20 y 21 de marzo: debió á ellos la fama de entendido y valiente; incluso el empleo de mariscal de campo, á pesar del empeño con que sus émulos se le disputaban.

La gota, que imposibilitaba al general García tomar una parte activa en las operaciones militares, proporcionaba á Zaratiegui satisfacer sus vehementes deseos de ser útil á su causa, adquiriendo nuevos triunfos en el campo de batalla.

La llamada expedición real ostentándose victoriosa en Huesca continuaba impávida atravesando la España, y amenazaba con algun golpe de trascendencia. Pasa Espartero la línea de Andoain forzándola, á fin de dirigirse por el camino mas corto á Pamplona para acudir á hacer frente á la expedición, entra en Lecumberrí que acaba de evacuar Zaratiegui, y vé con asombro que con unos mil hombres que el jefe carlista mandaba únicamente, toman posición en una eminencia que se halla sobre el camino real que dirige á las Dos Hermanas, donde existía una guarnición, á la que apoyaba Zaratiegui su retirada.

Adelantándose solos de sus tropas ambos generales, se miraron largo rato á corta distancia sin conocerse. En este intermedio se encontraba el alcalde de Lecumberrí despidiéndose del uno para recibir al otro. Preguntándole Espartero quién era el carlista que tenía á su vista, añadió cuando lo supo: «Bien pudiera haberse esperado un poco para darnos las manos antes de separarnos.» Informado de las fuerzas que mandaba, continuó diciendo al alcalde: «¿Y acaso con esa gente intenta hacerme frente? Parece imposible.»

Marcha Espartero con sus veinte y dos batallones: ataca la posición carlista, y comienza uno de esos choques tan desiguales y tan generales por una y otra parte en la pasada guerra. Zaratiegui quería detener á su adversario algunas horas á fin de que no llegara aquel día á Pamplona, dando así tiempo á la llegada

(1) Así se llama en las Provincias á los habitantes de los caserios.

de los socorros que debían conducir Uranga y los brigadieres Iturriza y Vargas. Consiguió el carlista su objeto; llegó Uranga, aunque solo con una parte del tercer batallón de Navarra, mas cuidándose poco Espartero de los fuegos de flanco con que le molestaban, entró en Pamplona perdiendo alguna gente en el camino. Descendió Espartero el Ebro, yéndose á acantonar en Calatayud en las riberas del Xiloca: Zaratiegui descaba seguirle; al efecto dispuso de acuerdo con Uranga la expedición que llevó su nombre, en la cual le vamos á acompañar con la misma imparcialidad que creemos haber observado hasta ahora sin dejar de referir, aunque de un modo breve, el menor acontecimiento de una expedición, que, como cuanto se refiere á la pasada lucha, es tan desconocido como importante.

A. PIRALA.

APUNTES DESCRIPTIVOS E HISTÓRICOS

DE UN VIAGE

DE MADRID Á LA RIOJA.

Artículo 4.º

Contornos de Avalos.

Descritos ya el lugar de nuestra morada en Avalos, el pueblo mismo y su iglesia en los artículos anteriores, resta solo que presentemos en este los objetos ya pintorescos ó de contemplación filosófica que á su alrededor se ofrecen. Los contornos son para la aldea lo que los paseos y jardines para las ciudades soberbias. En estas se admira la mano del hombre y su civilización presente. Contéplase en aquellas los espectáculos de la naturaleza ó las destrucciones del tiempo. Así que pueden dividirse los objetos que estos alrededores presentan en naturales y religiosos, en la belleza del paisaje y en las impresiones que inspiran ciertos recuerdos venerables.

Pertenece á los primeros el paseo que conduce á un paraje no muy distante de este pueblo llamado *Chulato*, y á cuyo sitio se desciende para encontrar un vallecito profundo, todo alfombrado de pámpanos, sobre los que se elevan algunos cerbales pomposos que el vulgo llama *zurbales*, y á cuyo pie, no tampoco muy lejano, se deja oír el continuado ruido de una humilde y cristalina fuente. Luego que á esta se llega, miranse sobre la derecha montes y colinas en ramificación variada, y sobresalen entre ellas el *Rivaguda* con su pico cónico y sus formas volcánicas, y sobre los cortos que hacen otras eminencias que á la propia ramificación pertenecen, el castillo de *Davalillos*, perpétua centinela de aquellos amenos y variados campos. Era la tarde del 3 de octubre del pasado año cuando allí estuvimos. Un cielo azul y transparente formaba la grandiosa bóveda que á este sitio cubriera. La pureza de la atmósfera y su limpieza de vapores es por aquí en este mes de las mas notables, y su transparencia tanta, que parece que refleja el azul brillante del espacio como la clara linfa de un grandioso y sosegado río ante los rayos del sol que la purifican y abrillantan. Nuestro pecho, olvidando ante su libertad y belleza la estrechez de los cuartos de esta coronada villa, ó la angustia de la cámara y el buque que de América nos habia conducido, respiraba allí con cierto placer, y recordando hoy la avistada que nos cercaba, el cielo que nos cubria y la fuente que sin cesar destilaba los hilos continuos de su plata, podemos decir con Garcilaso:

En aquel prado, allí nos reclinamos
Y del céfiro fresco recogiendo
El agradable espíritu respiramos.
Las flores á los ojos ofreciendo
Diversidad estraña de pintura,
Diversamente así estaban oliendo;
Y en medio aquesta fuente clara y pura,
Que como de cristal resplandecía
Mostrando abiertamente su hondura.

Pertenece á los segundos el aspecto venerable que presentan las ermitas de San Juan, Santa Rosa, San Félix, Santa María de la Peciña y otras que alrededor de este pueblo se observan. Desgraciadamente las dos primeras están ya convertidas en ruinas; pero esto mismo infunde cierta tristeza é imprime en el ánimo pensador un motivo mas para su contemplación y estudio. Está situada la primera al Norte de la población, en lo mas empinado de la Sonsierra que por esta parte sirve de antemural al pueblo. Aquí detrás de un gran peñasco y en un corto, pero despejado llano que á su abrigo aparece, se asientan hoy los muros quemados de este santuario.

Su iglesia por lo que vimos de sus arruinadas paredes era bastante capáz, y á ella estaba unida una hospedería para los romeros que de varias partes concurrían á este templo para orar, y para bailar y comer después, sobre aquellas alturas. Una capellania fundada á principios del siglo XVIII por el arcediaco de Bajoz don Juan Ramirez de la Piscina, hijo de este pueblo, le ofrecía las pingües rentas con que se sostenían dos ermitaños y un capellan, hasta que la guerra y sus desdichas la dejaron en el triste estado en que hoy se encuentra.

Esta sita tambien la segunda llamada San Juan sobre un monte prominente, y grandemente con torneado y aislado por todas partes sobre la propia dirección del Norte. Su pequeña iglesia destejada por los ciezos y ya casi arruinada, nos parecia siempre á lo lejos como una arca allí sobrepuesta, por el contraste que forma la blancura de sus lienzos con el color arenoso de su pedestal estéril y elevado. Pero admiremos como los antiguos sacaban partido de sus ideas religiosas y hasta de sus preocupaciones sociales para la conservación de los montes. «Era propia esta ermita (escribe don Martin Fernandez de Navarrete en una memoria que inédita hemos visto) de una compañía destinada á cuidar de los montes y del campo, y sus individuos para entrar en ella tenían que hacer pruebas de nobleza de los cuatro costados y aun de su muger si se casaban, para lo cual tenían sus ordenanzas que en 1383 aprobó la condesa do Osorno estando en Santo Domingo de la Calzada. En la misma ermita celebraban sus juntas, y las dos festividades de natiuidad y la degollacion de San Juan Bautista; concurrendo á las vísperas y misa de la segunda, formados en compañía con escopetas al hombro, bandera desplegada y tambor batiente, y en la tarde de la misma festividad salían al puente de *Zarazel*, donde el alférez ó jefe de la compañía se quitaba un zapato que colgado en el terreno que está al frente servia de blanco, al que tiraban balazos los ballesteros; costumbre muy singular y que continuó hasta los años de 1780 (1).» Nosotros tuvimos interés en ver esta bandera que existe todavía en casa de nuestro amigo, y al contemplar la tan guardada y arrollada, en vano nos pusimos á recordar sobre sus pliegues las brisas que la harían ondular otras veces, como enseña ó gaion de instituciones ya muertas.

Habia tambien entre esta ermita y la de la Rosa otra llamada de San Antonio, cuyos restos todavía se descubren caminando hácia la segunda. Fundóse en pasados dias para que oyeran misa allí los arrieros que venían de la parte de Laguardia á pasar los puertos de Peñacerrada, y sus escambros atestiguan como pasan los siglos, y con ellos los pensamientos y las ideas que los preceden y dominan.

No nos ocuparemos aquí de las de *San Felix* ni de la de *Santa María de la Piscina*, porque de ellas habíamos ya estas propias páginas en la Semana del 20 de mayo de este año; y seguiremos por lo tanto para concluir, á la descripción del humilde pueblecito que ha dado el nombre á la última, llamado al presente *Peciña*. Su distancia del pueblo de Avalos es el de un paseo regular, que hicimos mas de una vez á pie con nuestro querido amigo. El camino que hoy parte de Avalos para este pueblo toca tan cerca de la ermita de Santa María, que su continuo tránsito va como socavando los cimientos de un ángulo de su cuadro. Desde el santuario á *Peciña* se pasa por un angosto, áspero y pedregoso camino, cuando no por lomas y bajadas, tapizadas hoy del tomillo y espliego, como otras veces las cubrieran los bosques de encinos y romerales que hacían mas venerable y misterioso el lugar donde se alzó dicho templo. Pero dejando ya á este bastante bien á la espalda, llegase al fin á la inmediación de *Peciña*, y una cuesta algo pesada conduce á sus primeras casas las que aparecen en su reunión como un nido pegado á la altura mayor donde se eleva la iglesia. Ya dentro de sus silenciosas calles se ve á algun que otro habitante que asoma su cabeza por puertas ó ventanas que se desploman, y mas de una vez se advierte entre sus escambros el repetido escudo de armas del apellido de Ramirez, con la jarra y su ramo de azucenas. Aquí en efecto fué el primitivo solar de esta familia que tanto se multiplicó despues por Avalos, San Vicente y casi toda la Rioja central; y entre los restos de sus calles discurremos, cuando nos entramos en una de esas casas que mas recuerdos inspiran por su portada feudal. Pues bien: al pie de su escalera nos encontramos una pobre muger vestida de un burdo sayal, pero no menos aristocrática respecto á su apellido y linaje. Ella al punto nos habló del que su nombre llevaba, y casi creímos que entre aquellas ruinas y entre aquella soledad y miseria no se acordaba de sus necesidades, para solo pensar (al menos por aquellos momentos) en su escudo, en la jarra, y en su ramo de azucenas. Ella, pues, nos recordó estos versos de las coplas de Jorge Manrique:

Pues la sangre de los godos
El linaje y la nobleza
Tan crecida,
¡Por cuantas vías y modas
Se sume su grande alteza
En esta vida!
Unos por poco valer
Por cuan bajos y abatidos
Que los tienen,
Otros que por no tener
En oficios no debidos
Se mantienen.

Estando en esta casa se nos acercó otra buena muger de moño alto, sayas á la cintura y desaliñada por demás, ponderándonos la iglesia que de allí estaba cerca con los altares preciosos que en su interior habia. Ella mostraba en sus manos la llave que nos debia facilitar su entrada, y esto nos hace el revelar

(1) Este vocablo de *ballesteros* manifiesta la antigüedad del origen de esta institución.

aquí, que á su carácter de vecina de Peciña, unia á vez el de alcaldesa y de sacristana tambien. Nuestra lectores no se admiren de esta acumulacion de poderes en una persona tan lega: esto manifiesta solo que ha venido á parar el ilustre solar de los Ramirez que su marido estaba trabajando por aquellos campos; que el cura habia pocos dias que se habia ido allí por no imitar tanto el ayuno de Jesucristo; y que ella era en todos estos casos la natural y legitima representante de deberes tan distintivos. Acompañados pues, de esta *jueza de paz*, subimos una escalinata que conduce á la elevada puerta de la iglesia, y antes de entrar en su recinto no pudimos menos que deleitarnos la vista sobre el panorama dilatado que desde este sitio como sobre un balcón se alcanza. Mas entramos en fin en la iglesia ya hoy cerrada, y cuyo culto lo habia abandonado los beneficiados de Haro prestando la falta de sus diezmos, aunque no la olvidan para enviar á sus feligreses las velas que vimos sobre sus altares á fin de que les retribuyan por ellas algun dinero. El alcalde y la alcaldesa disientan en esto de pagar el cura. El primero en vista sin duda de los deseos de su muger, habia propuesto un tanto para cubrir esta obligacion religiosa, si bien dijo no sabia mas de lo que proponia, por considerar mas útil al pueblo el sostener la dula, que es la ocupacion de quien se encarga de recoger los animales de los vecinos para tenerlos paciendo por los campos. La muger sin embargo se inclinaba mas á favor del pastoreo de las almas y nos rogaba con interés (sabiendo que éramos de Madrid) el que pidiésemos á la reina les viesan un cura, súplica que era sincera, en quienes para cumplir con el precepto, tienen hoy que andarse cerca de una legua entre las lluvias y las nieves de invierno, para oír cuando pueden la misa en el pueblo de Avalos.

A la vuelta hácia este punto nos acompañó otro vecino, no menos digno que los anteriores, del estado y la grandeza que hoy alcanzan los restos de Peciña. Tenia este el oficio de *cetrero* en la iglesia y pueblo inmediato de San Vicente y envidiaba á su hermano que era de allí beneficiado, según nos dijo, la muchas pesetas que por los entierros tomaba. El, por lo tanto era ya un buen pretendiente de cura; estudiaba la moral para ello, y ponía toda su felicidad, por lo que le oímos, en la mortandad de todos los que ni somos curas, pero somos sí cristianos mortales. Nos siguió este hasta Avalos con un sombrero apuntado lo Felipe II con solo la falta de la pluma, y luego que nos dejó, echó á correr hácia su Peciña, si no con toda la gravedad de un obispo, con la velocidad al menos de un buen peaton en tiempo de guerra. ¿Cómo será por allí ciertos curas ante los sentimientos y las ideas de semejantes aprendices!

MIGUEL RODRIGUEZ—FERRER.

MOSAICO.

EFEMÉRIDES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX.

DIA 7 de octubre.—Año de 1808. Los franceses que guarnecían á Yelbes se ven precisados á encerrarse en el fuerte de la Lipe, asediado por el general español Arce.—1810. Don Pedro Villacampa ataca á los franceses en Andorra y les toma 240 prisioneros y 8,000 cabezas de ganado, dejándoles ademas 150 muertos en el campo de batalla.

DIA 8.—Toma del castillo de San Sebastian por el ejército anglo-hispano lusitano.

DIA 9.—1812. El ejército francés, despues de haber socorrido la plaza de Santoña, abandona á Bilbao donde inmediatamente se celebraron festejos y proclamó la constitucion.

DIA 10.—1809. Sitio de Gerona. El general don Jaime García Conde introduce un convoy en la plaza despues de haber derrotado la division francesa que estaba en Sott. En esta accion murió el general franco Hadeln, á quien mató un miguelete con su propia espada, clavaron tres cañones de los sitiadores y fueron estos perseguidos hasta Sorriá.

DIA 11.—1812. Entran las tropas aliadas en Burgo en medio de las mayores aclamaciones, y en la noche siguiente se apoderan del castillo á que se habia acogido la guarnicion francesa, que sin embargo tuvo lugar de fugarse.

DIA 12.—1837. Apoderado Zaratiegui del pueblo de Lerma, la guarnicion que se habia retirado al fuerte capitula en la tarde de este dia, sin embargo de componerse de mas de mil hombres y tener estos todo lo necesario para su defensa.

DIA 13.—Accion de Ovanos, ganada por los carlistas y en la cual fué herido el general Alaix.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior

A VECES QUEDA SOBRE SU CONTRARIO AQUEL QUE MENOS VALOR TIENE.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8.